

mil puertas mágicas

PQ
8520.17
U35
M5

UNIV. OF ARIZONA
PQ8520.17.U35 M5 mn
Guerrico, Silvia/Mil puertas magicas; re
3 9001 03820 0310

guerrico



22

LIBROS POPULARES

alfa

**colección 22
libros
populares alfa**

silvia guerrico

**mil puertas
mágicas**

PQ
8520,17
U35
M5

relatos

**editorial alfa
montevideo**

COIXEN DÍAS

ESTRATEGIA LIMA
EDICIÓN

noticias

que Iniciativa

Queda hecho el depósito que marca la ley
Copyrigth by Editorial Alfa, Ciudadela 1389, Montevideo

Printed in Uruguay

Impreso en el Uruguay

el gordo ambrosio y sus amigos

¿Te acordás de Ambrosio? Ambrosio Pacheco. Pero sí, hombre, Pacheco. Pachequito, el víbora, cruz diablo. Era tan arrastrado que por eso los muchachos le pusieron el víbora, como si fuese un charlatán, una mala persona, un hijo de puta como tantos otros que vos y yo conocemos. Pero no. Era "el víbora" por lo arrastrado, nomás. Porque entonces no se preocupaba por las manchas del traje, porque te usaba un pantalón hasta que se le veían los canzoncillos, porque rompía las medias hasta acá arriba... Te tenés que acordar, Pocho. Y cuando se agarraba una papalina, oy, Dió, qué manera de revolcarse. Lo teníamos que cargar entre todos hasta su casa. Si habrás pasado por ella, vó. Ahi, en el 917, sí, claro, ahí. ¡Si le habré jugado a la quiniela! Pero es maldito ese número. ¡Y sabés lo que le pasó al víbora, a Pachequito, a Ambrosio, hace dos años? Le cayó de afuera un pariente político. Pariente cercano, sabés, pero que era un político. Llegó a Montevideo y zás, que acomoda al familiar arrastrado y castigado por la mala suerte. Mirá, fue entrar al Municipio y del víbora no quedó más que el recuerdo del nombre. Yo dejé de verlo ocho días, me parece y de repente, aquí mismo, en el boliche se me aparece un dandy en la puerta. Un dandy, Pocho. Hasta más flaco, parecía. Y que Dios me perdone, pero era la tapín de

El Mago. Le faltaba el funyi y el lengue y nada más. Limpito, oliendo a colonia fina, con una corbata a rayas, de seda, y un pañuelo fenómeno en el bolsillo del saco. Vo sabés Pocho, que lo que me pasa es tan grande, pero tan grande... que te pido paciencia para escucharme hasta el final. Mirame bien: no he tomado más que café, ¿no verdá? Café. Así estoy hace días. Ni duermo. Y casi no como. Si no fuera por no disgustar a la vieja no pasaría ni un garbanzo... Mozo... servile al Pocho. ¿Querés otra? ¿Doble? Bueno, traele, Mono, y a mí otro café. No, no me va a hacer mal. Es lo que me mantiene, me parece. Mirá, Pocho, la gente cambia, ¿no verdá? Cambia y casi siempre para mal. Mirá que algunos puntos que conocemos se dieron a la bartola y si te he visto no me acuerdo, y mirá viejo que ahora no puedo, y en otra ocasión será y patatín patatán pero nunca fueron como antes. Y Ambrosio, vos sabés, nunca más fue el víbora. Un bacán. Un verdadero bacán. Se dio vuelta. Entendeme, eh? en el buen sentido de la palabra. Yo siempre le dije gordo. Vo sabés que siempre es más fácil querer a un gordo, ¿no verdá? Qué se yo, son más alegres, más compañeros. Un gordo te acompaña al tobal y al cine, está con vos en el boliche, casi nunca tiene novia para hacer un programa aparte, no se calienta ni viendo jugar al Pepe Urruzmendi... vos entendés cómo es la cosa. Un gordo es un amigo en serio, para todo lo que necesités, para todo lo que te pase, en las buenas y en las malas. Pero el gordo se volvió tan pero tan disti con su trevira de media estación y su gabán magregor en invierno que te juro que hasta me entraba una cosa rara por aquí, algo que me daba rabia y el gordo me

décía que era como una envidia chiquita pero que te jodía finito por dentro. Y qué cosa rara, vo. ¿Sabés que Ambrosio no volvió a chupar más? Nunca más. Mirá bien lo que te digo, Pocho. Fuimos amigos como siempre, salimos juntos, hicimos nuestras farras, hasta nos fuimos una vez a Buenos Aires a ver a Peñarol con el Santos. Yo siempre he sido manya pero fijate que el gordo era bolsilludo. ¿Sabés como gritó por los Peñaroles? A la final lloramos abrazados y salimos con dos tipos de acá que tenían tamboriles. Si me parece que lo estoy viendo al gordo. Borocotó, borocotó, borocotó, chas, chas. Meta lonja y pino. Tenés que hacer memoria, Pocho. Me viste con él cien mil veces. Acordate del hipódromo. Vos estabas el día del Pellegrini. Y bueno, yo estaba con el gordo. Si vos hablaste conmigo cuando fuimos a sacar los boletos con Ambrosio... acordate que hasta me preguntaste a quién le iba a jugar. Yo te dije a "Poderoso" y vos me dijiste "no seas pajarón, si la fija es "Mananíal". Sí, te acordás. Claro. ¿Y quién te mostró los boletos, después? ¿Eh? El Gordo. Pero Pocho, no seas cabezón al cuete. Te mostró los boletos el gordo. Eramos como culo y calzoncillo con el gordo. Tenés el retrato del gordo. Así era él. Y un día... te juro que es para no creerlo. Aquí mismo, en la esquina, estábamos pensando adonde ir, porque mirá que este Montevideo tiene poco divertimiento, ¿no verdá? Y justito en el momento en que miro para atrás... ¿a qué no sabés qué veo? Otro Ambrosio Pacheco. Otro Gordo. Yo te digo otro Gordo, pero era él mismo. Sólo que eran dos. El que hablaba conmigo y el que venía derecho para el boliche. Me quedé mudo. Entonces le dije al Gordo, al de siempre,

al de todos los días "tenés un mellizo". Y el gordo va y me contesta "¿sos loco, vo? Yo soy hijo único". Entonces, le dije, "tenés un doble como los artistas de cine". El otro gordo medio se enteró, nos miró, miró al Gordo de siempre, a mi amigo Ambrosio y le sonrió. "Chau" —le dijo. "Chau" dijo Ambrosio. ¿Te hacés cargo, Pocho? Me quedé tan intrigado que empecé a jorobar a Ambrosio. "Tu viejo debe haber hecho una macaña, tu vieja le metió la mula a tu viejo. Los hicieron con papel carbónico. Al otro y a vos". Lo que son los gordos. Siempre me gustaron por eso. ¿Viste que no se caborean nunca? Tienen una pachorra para todo. Pero eso es lindo. En cambio, uno que es un calentón de nacimiento se agarra cada bronca por una pavada. Y un gordo siempre te frena. Te aceita. Fijate, Pocho, que después de ese día, al otro gordo lo vimos en todas partes. Y siempre un saludo amable: "Chau". Lo que yo no podía entender, no me entraba en la cocuzza era que Ambrosio no agarrara a aquel gordo igualito a él y le preguntara "¿quién sos, cómo te llamás, dónde naciste?". No le importaba. ¿Te das cuenta? No le importaba un pito. Y mirá que yo lo cargoseaba: "Andá, hablale, preguntale, averiguá, no te das cuenta que son como dos gotas de agua, que eso no se ve nunca, vamos, yo te acompañó". Y el Gordo, Ambrosio, me decía con aquella calma chicha: "¿Y a mí qué me importa?". Y yo, insistiendo: "Pero ni siquiera sabés dónde vive". Y el gordo, con su santa paciencia: "Vive aquí a la vuelta, en el 914". "Pero cómo —le decía al gordo— entonces sabés algo de él". Y Ambrosio: "Lo veo en la puerta de su casa, cuando vengo para acá". "Pero hablale, chamuyale, sonsacale, quién

sabe qué historia tiene..." Nada. Como si nada. Como si pasara un carro. Como si tuviera un toscano en la oreja. Nada. ¿Sabés cómo me empezó a trabajar el marote? Reíte del coso aquél de la relati... buen... el que rascaba también el violín, el sabio que inventó no se qué basado en la matemática o en algo así. ¿Cómo? Einstein, decís. Bueno. Ese. Le dije al gordo: perdone, vo, pero si fuéramos hermanos, uno de los dos tendría que averiguar algo, ¿no verdá? Entonces hacete de cuenta que yo soy tu hermano y dejame que hable con el otro gordo..." Me miró fijo, no lo olvidaré nunca, y fijate que por primera vez, por primera, ¿eh? y muy serio, pero muy serio, me dijo: "Son asuntos míos. Haceme el favor de no meterte en mis cosas". Me dejó frío y bastante amoscado. Estuve como una semana sin verlo hasta que me vino a buscar al boliche y claro, nunca más le hablé del otro gordo.

Vos me dirás si lo seguimos viendo. Claro que sí. Siempre. En el fobal, en el cine, en la calle, siempre. "Chau". Y nada más. Pero cuando le pasó lo que le pasó a Ambrosio... ¿No te lo dije, noverdá? La última noche que salimos juntos me dijo que se había comprometido. ¿Sabés lo que sentí? Nunca me había hablado de una dragona y menos de una novia. Yo creí que el gordo no se fijaba mucho en las mujeres, por lo menos así, como para tener anillo y fecha de casamiento. Nunca. Bueno. Me dijo eso y te juro que me entró una cosa tan pero tan rara que me asusté, porque lo felicité, claro, pero por dentro se me amontonaban cantidad de palabras que se peleaban entre ellas por salir en tropel. Y yo, con la boca como cosida para que no se lar-

garan aquellas palabras a la cara del Gordo, a la calle, a las orejas de todos los que pasaban al lado nuestro. Era rabia y envidia y hasta como celos, mirá vos qué cosa jodida para que te la diga un hombre y para peor habiéndola sentido así, como celos, mismo. Entramos al boliche, nos sentamos en silencio, él tenía una cara de felicidad bárbara y a mí me seguían las palabrotas que hubiera querido decirle "gordo hijo de puta, pero vos que te crees, no vés que yo estoy tan solo como vos en la vida y que habíamos hecho una amistad tan linda y no sé cómo tenés alma para romperla, porque no me venís con un proyecto para que yo también lo comparta con vos sino que me traes un fato hecho y lo hiciste solo y ni siquiera me dijiste pibe tené paciencia porque voy de conga y a lo mejor me ensarto..." Me entendés, ¿noverdá, Pocho? Che, Mono, otro café... no, dame una doble a mí también y aquí, serví al amigo otra vuelta. ¡Pero qué me hubiera imaginado yo...! Al otro día, voy a la esquina y minga del gordo. ¿Sabés cómo recorrió esta cuadra? ¡Horas! Nada. El gordo no apareció. No apareció más. ¿Sabes por qué? Ambrosio se murió. Y fijate quién me lo fue a decir. ¿Adivinás? El otro gordo. Empecé a dar vueltas y me lo veo en la puerta. Paso. Le digo "chau". Y él, en lugar de decirme "chau" como siempre, me dice: "Sentido pésame". Me paré. "Se equivoca" —le dije. "Cómo... ¿No sabe que anoche murió Ambrosio? Le dio un síncope. ¿Usted no fue al entierro? Yo no pude ir. Fue a las cuatro".

No me desmayé porque Dios es grande. Me arrastré hasta casa. Me puse a llorar como un chiquilín. Le dije a la vieja: "Mi mejor amigo, el gordo, Ambrosio Pacheco, se murió de repen-

te...". Y la vieja me consolaba como cuando era chico y el viejo me fajaba una biaba por una rabona o porque había roto los zapatos jugando al fóbal en el campito de la vuelta...". Y me dolía no haberlo acompañado al cementerio y sobre todo, me dolía que hubiese estado tan enojado cuando me dijo que tenía novia. Puta, si hubiera podido pedirle perdón antes por todo lo que estaba pensando mientras no le decía nada en el boliche. Entonces al otro día me fui al Municipio. Y meta preguntar por Ambrosio. "El gordo, sí, Pacheco, el que trabaja aquí". Y cada uno me iba diciendo si era de esa sección o qué trabajo hacía y nadie lo conocía. Yo lo dibujaba: El gordo, morocho, de pelo oscuro, que me lleva tanto así de alto, con traje gris de trevira, con una pulsera de reloj de plata labrada, como mexicana". Me recorrió todo el Palacio. Todo, Pocho, mirá bien. ¿Y vos sabés que nadie lo conocía? Nadie. Meta para arriba y para abajo, en el ascensor, a la vuelta, allí donde te fichan los difuntos y te dan los certificados de nacimiento... Nada. Un tipo me dijo, un viejo flaco con todos los dientes negros y comidos: "Yo conocía un Pacheco, Ambrosio también de nombre, si la memoria no me engaña. Pero joven, ese Pacheco que yo conocí trabajó aquí hace más de treinta años. Ese sí se murió de golpe, como el que usted dice". Yo le dije al viejo: "Podrá haber sido su padre, ¿noverdá?". Y el viejo de la sonrisa negra que va y me contesta: "No, aquel Ambrosio Pacheco murió a los veinte años, soltero y sin hijos". Me empezó a entrar una cosa rarísima, entre chuchío y rabia, ¿comprendés? Carajo... nadie lo conocía. ¿Dónde mierda trabajaba el gordo? Entonces me fui hasta su

casa. Preparate, Pocho. Golpeo. Sale una mujer vestida de negro. "Perdón, vive aquí la familia de Ambrosio Pacheco?". La mujer se pone pálida, parece que va a desmayarse y yo hice ademán de ayudarla. Y en el momento mismo en que iba a agarrarla, desapareció. Entendé bien: no se fue, no caminó, no se alejó, no se metió en la casa y me cerró la puerta. La puerta estaba abierta. Y la mujer de negro desapareció. Sí, se hizo humo, desapareció en el aire, ya no estaba. La puerta cancel estaba cerrada, tomé coraje, pensé "estamos todos locos" y abrí la cancel. "Señora, señora", empecé a llamar. Silencio de muerte. Abrí la cancel. Un patio triste, sucio, con la claraboya rota en mil pedazos y todas las piezas vacías. Vacías, Pocho. Deshabitadas. Una rata corrió hasta el zócalo de una pieza. Caminé hasta el fondo, con un jabón que me crecía a cada paso que daba. Había tablones podridos, barro y una enredadera verde pero tan rara, porque vos viste cómo se ponen tristes las enredaderas, ¿no? Y aquella estaba verde y reluciente. Pensé "estoy soñando". Me pellizqué fuerte y no soñaba. "Entonces me estoy volviendo loco, porque ésta es la casa del Gordo y siempre vivió aquí". Volví temblando hasta la calle y todavía pensé: "Si alguien me ve va a pensar que soy un ladrón, porque a lo mejor me equivoqué de casa...". Así que salí bichando para afuera, para salir sin que nadie me viera, y para no hacer ruido con la puerta la sujeté con una mano y mientras bichaba sentí que alguien, desde adentro, empujaba la puerta. Sin darme vuelta hice fuerza, para sostenerla, para que no se cerrara pero no pude, porque quien la empujaba tenía más fuer-

za que yo. La puerta se cerró. Mirá: se me paran los pelos. Cuando salí, miré el número: era el del Gordo, el de Ambrosio. Me habré equivocado de calle, pensé. Fui hasta la esquina a leer el nombre de la calle. Era la del gordo. Volví otra vez a mirar la casa y yo que había acompañado siempre al gordo y había charlado con él en la puerta, fumándonos el último puchón, que lo había llevado con los muchachos cuando era el víbora y se impedaba que daba miedo no había mirado bien lo vieja que era la casa, lo mugrienta que estaba, lo abandonada. Porque era una casa abandonada, sin vuelta de hoja. Me entró un temblor que tuve que ir al boliche y chuparme dosañejas. Había algo raro, ¿no? Y mientras me reconfortaba con lasañejas decidí ir a hablar con el otro gordo. El que vivía en el 814, ¿te acordás que te lo dije? Justito a la vuelta de lo de Ambrosio. Fui ayer. Toco el timbre y sale una botija. "Está el gordo?", le pregunto. Porque fijate que yo no sé ni sómo se llama. "Sí", me dice la botija. "Llamalo". Espero y aparece la chiquilina con un señor gordo, calvo. "¿Me buscaba —me dice. Yo le explico que busco al gordo, al que está siempre en la puerta, al que se parece a Ambrosio Pacheco, que tal vez él conocía, porque siempre pasamos juntos por aquí... Pero el hombre dice que el único gordo que vive ahí es él. Yo le discuto. El hombre se enoja y de repente me empuja para afuera y cierra la puerta. Yo te llamé por eso, Pocho. Porque todo es un lío y vos sos inteligente y tenés más cabeza que yo y aunque no nos vemos desde hace mucho tiempo... ¿cuánto? ¿Veinte años? No jodas, Pocho. ¿Veinte, decís? ¡Qué barbaridad, cómo pasa el tiempo! Vos es-

cribís en los diarios, noverdá? ¿Por qué no me averiguás todo esto? ¿Sabés cómo estoy? Jura-me que no pensás que soy un loco. Te juro que todo es verdad. Te doy las direcciones, los nombres. Averiguá, por favor... Gracias, Pocho. Yo sabía que vos sos un amigo. Mono... otra vuelta. Dale.

—El material es formidable.

—Lo grabé directamente mientras el Lonja me hablaba, porque cuando me llamó, no sé por qué pensé que iba a hacerme un cuento del tío. Desde que tengo este grabador no me preocupo más de tomar notas. La cinta marcha y se puede recoger un material mucho más vivo.

—¿De dónde lo conocés al Lonja?

—Del barrio. Mis padres vivieron allí cuando yo era chico. Fuimos tres años a la misma escuela. Después dejé de verlo y cuando lo encontré era canillita. Pero ha tenido muchos oficios. Levantador de quinielas, contrabandista, cuidador de coches, encerador, repartidor de leche. Uno de esos tipos que sirven lo mismo para un barrido como para un fregado. Hacía cerca de veinte años que no lo veía y me ubicó porque leía mis crónicas en el diario.

—Es un macaneador al cubo.

—Sí, pienso que sí.

—¿Vas a escribir un cuento?

—Me tienta el asunto.

—Hacelo. Me gustaría saber qué final le vas a dar a esa historia de locos.

—Hay que inventarle el final, como a casi todas las historias.

—A mí me gustaría saber la verdadera.

—¿Te interesó?

—Muchísimo.

—Me parece que si digo que el Gordo Ambrosio Pacheco, cuando murió...

—Esperá. No me adelantes nada. Primero: yo dije que es una historia de locos. Pensándolo mejor, me pregunto: ¿es una historia de locos? Hay una diferencia, ¿no?

—Sí, claro. Para mí, es de locos. Decididamente. Por lo tanto, a esa fantasía sin límites del Lonja hay que acoplarle otra fantasía que desarrolle y agrande el punto de partida.

—Vas a trabajar en seguida sobre esto?

—En cuanto vos te vayás.

—Entendí la indirecta. Hasta pronto, entonces. Espero que me llames en cuanto tengas listo el primer original.

—Te llamaré.

—Me alarmaste. ¿Qué te pasa? ¿Sos anormal? Mirá que llamarme a las tres de la mañana. ¿Sabés cómo se puso mi madre? Como enloquecida. Pensó en una desgracia, en alguien de la familia que te llamaba a vos para disimular.

—Tenés razón. Pero colmó la medida. Necesitaba hablar con alguien y como te enteré de algo y sos el único que podría entender toda esta aventura, te llamé. Perdoname.

—¿Y fue nada más que por eso?

—Es que eso es increíble. Y sin embargo, tenés que creerlo.

—No entiendo un pito.

—¿Qué tomás?

—Un café, para despertarme.

—Sí, otro a mí, mozo. Escuchá. Vos conocés el material de la historia que me contó el Lonja. Me puse a rehacerla, a inventarle vueltas de tuerca, a agregarle complicaciones. Hice tres finales. Final para tres enigmas, ninguno de los cuales dejaba de tener su suspenso, su sorpresa para el lector desprevenido y un alto voltaje dramático. Me entusiasmé con el trabajo, me metí en él con alma y vida. Cuando ya estaba retocando la última variante del relato, me dije: “—Soy un estúpido. No he acudido a ninguna de las fuentes que me dio el Lonja. Las dejé de lado como tales, las utilicé como referencias apenas”. Entonces me propuse visitar la casa de los dos gordos. Tenía las direcciones. Así que empecé por la de Ambrosio Pacheco. Busqué su calle. Llegué al 917. Una casa abandonada. Llamé. El bronce del llamador estaba opaco y sordo. Nadie abrió. Entonces, temeroso de que la gente no oyera empecé a dar golpes en la puerta, primero con la mano abierta, luego con el puño cerrado y finalmente, a puntapiés. Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar “qué mal estoy, por qué diablos me comporto así”. Y no podía dejar de hacerlo. La puerta se abrió. Sola. Se abrió. Chirrió, como en las películas de suspenso. Esperé. Tenía razón el Lonja. La casa estaba abandonada. Y qué abandono triste. No me atreví a caminar y permanecí no sé cuánto tiempo de pie, al lado de la puerta cancel a la que había llegado esperando ver a alguien. No había persona alguna. La enredadera florecía, verde, se apoderaba de las paredes, las cubría. Reparé en el contraste, tal como había reparado también el Lonja. Había llovido y el agua es-

taba estancada entre baldosa y baldosa rotas. Los cuartos que daban a ese patio tenían puertas altísimas, desnudas, algunas con los vidrios rotos, otras sin ellos. Entornadas o abiertas, a merced del viento, imaginé el concierto áspero de sus maderas golpeándose en noches de tormenta. Había un silencio lleno de cosas, un silencio como hecho exprofeso, preparado, que podía romperse en cualquier momento. Un silencio agazapado. Al acecho. A mis espaldas escuché el ruido de la puerta de calle al cerrarse. Me volví. No había nadie. Recordé lo que me había contado el Lonja. Llamé: — "¡Señora!" Mi voz sonó tan extraña y ajena. Se alejó de mí, engordó, se infló, remontó en el aire quieto, siguió sonando con menor fuerza, se desinfló, comenzó a caer, desmenuzada, por los cuartos, en el segundo patio, por un largo corredor cuyas dos paredes de deprimentes azulejos celestes me sumieron repentinamente en otro patio, muchos años atrás, siendo yo niño. Había llovido, oscureció prontamente, mi madre dijo: — "Llama a tu hermano." Yo tenía miedo de la oscuridad. La noche era un personaje invisible pero macizo, que podía agarrarme del cuello con una mano, empujarme con un dedo, lanzarme hacia el aire, aplastarme contra una pared. En cuanto salí al patio, sentí que me acechaba. El temor me paralizó. Quise gritar para ahuyentar mi terror y mi voz sonó entonces como la que ahora acababa de quebrarse en esta vieja casa abandonada. Repetí ahora, en este patio, el angustioso llamado: — "¡Señora!" La tupida enredadera se agitó como si un gran viento la sacudiera. Se esponjó, creció, pareció como si toda ella se convirtiera en alas y yo mismo me asom-

bré de que no saliera volando. Y mientras el intento, curiosamente, se frustraba ante mi vista y la enredadera volvía a su inmovilidad anterior yo sabía que a mi alrededor, en todo el patio, no había soplado el viento. Ningún viento, ni siquiera una pequeña brisa. Las hojas secas permanecían sobre las baldosas del patio, en el mismo lugar. Nada las había impulsado. Me ericé. Entonces pensé que allí no iba a encontrar ninguna respuesta concreta, que todo lo que me ocurría podía ser solamente algo que sólo yo sentía, que mi propia nerviosidad provocaba y que permaneciendo más tiempo en aquella soledad cargada de misteriosos mensajes no podría descubrir nunca lo que me interesaba. Salí. La calle me pareció luminosa y familiar. En cuanto cerré la puerta tras de mí, pensé: "Todo lo he imaginado. Nada fue verdad." Y respiré aliviado. Tenía que usar otro método. Lo que el Lonja me había contado era verdad y sin duda yo padecí el mismo error que él, pero ¿hasta qué punto su propio relato había logrado influirme, predisponerme para repetir su propia experiencia? Echándome maldiciones comencé a trabajar por donde sin duda debí haber empezado. Una encuesta. Ni más ni menos. Lo más simple del mundo. Casa por casa. "¿Conoció a la familia Pacheco? Vivía aquí, en el 917. Una señora con su hijo, Ambrosio Pacheco. Era empleado municipal." Llegaba a otra puerta.

— "Me permite? La familia Pacheco, que vivía en el 917... cuánto tiempo hace que se mudó de casa? ¿Conoce su nueva dirección?" Y en otra:

— "Por favor, necesito saber desde qué mes está desalquilada la casa que lleva el número 917". Apunté todas las respuestas. Todas. La cuadra

entera me respondió, los vecinos de la vuelta. ¿Te las leo? Escuchá bien: elijo varias respuestas al azar. ¿Escuchás, no? "Nunca conocimos ninguna familia Pacheco. Hace veintidós años que yo vivo aquí y esa casa estuvo siempre desalquilada." "Mi padre solía hablar de una familia muy extraña que vivió en esa casa, hace años. No, no recuerdo si se llamaba Pacheco." Otra: "Pacheco, Pacheco... Me suena, pero yo hace sólo cinco años que vivo en el barrio. Ah, sí, Pacheco era... Pero no. En Parque del Plata conocí una familia Pacheco, hace algunos años." El almacenero de la esquina, con treinta y cinco años de antigüedad en el lugar. Fijate: "Hubo una señora Pacheco, creo que hace unos veinticinco años, o más. Era viuda y tenía un solo hijo. Desaparecieron sin que nadie se enterara de la mudanza. Ese detalle sí lo recuerdo, porque el vecindario de entonces comentó que nadie había visto sacar los muebles. La propiedad era de ellos. Siempre ha estado desocupada, desde que se fueron." ¿Para qué te voy a leer todo lo demás? Decididamente, en el 917 no había vivido nunca Ambrosio Pacheco, y por lo tanto, el Lonja no pudo ser amigo de Ambrosio Pacheco, no pudo venir con él hasta esta casa. En veinticinco años, nadie vivió allí. Entonces... ¿a quién acompañaba el Lonja? ¿Quién fue su amigo? ¿Quién era la señora con la cual conversó el Lonja? Sí, pensé en el otro gordo. En el que se parecía tanto a Ambrosio Pacheco. Fui hasta el 814, justamente a la vuelta. Recordé lo que había registrado en la cinta magnetofónica. Fui. Te quiero abreviar los detalles. Conocí a todos los inquilinos de esa finca. Y allí nunca, nunca vivió una persona que respondiera a las señas del

"doble" de Ambrosio Pacheco. Yo les decía que ese hombre había sido visto parado muchas veces en la puerta de esa casa. Llamaron a otros vecinos de las casas de al lado, de las de enfrente. Y nadie recordaba haber visto jamás a ese gordo. Yo me esmeraba en describirlo. Era inútil. Pensé en el gordo de la vuelta, en Ambrosio Pacheco. Tampoco lo conocían allí. Me asaltaban detalles que el Lonja me había dado: traje gris, con una pulsera-reloj de plata labrada, mexicana... No. "Amigo de Alcides Pereyra, el Lonja, un muchacho así y así, que se juntaba todos los días con él en el boliche de la esquina." Nada. Yo estaba hablando de gente que parecía no haber pasado jamás por esas casas, por esas calles, por esas esquinas. Sí, ya sé lo que me vas a decir, Quedaba el boliche que frecuentaban el Lonja y Ambrosio Pacheco. quedaba todavía el Municipio. Mi visita a las dependencias de éste repitió paso por paso lo que me había contado el Lonja. Hasta el viejo de los dientes ennegrecidos. Hasta su respuesta. "Sí, un muchacho que murió cuando tenía veinte años... Ambrosio Pacheco." Me quedaba el boliche. Fui varias veces. El mozo que nos sirvió al Lonja y a mí el día que conversamos no estaba. Me animé a preguntar: "¿No está el Mono?". Me miraron asombrados: "¿El Mono? ¿Qué Mono?". "Un mozo de aquí, al que le dicen Mono". Estalló una risotada. —"Che, a vos te dicen Mono, Pelaez?". —"No, debe ser al gallego, porque tiene una cara de chimpancé bárbara". Y reían, reían divertidos. Hablé con el patrón. No había ningún Mono. —"Dígame cómo era" —me pidió. Quedé cortado. Yo no había reparado en la cara del mozo. Bueno, entonces conocerían al Lonja. El

que venía a este boliche todos los días, con el gordo Pacheco. El Lonja. Alcides Pereyra. El dueño abre un cajón detrás del mostrador, busca no se qué, revuelve y saca una hoja de diario, muy doblada. "Venga" —me dice. Me hace pasar a la trastienda. Un cuarto amplio, lleno de cajones de bebidas, con ese olor típico de los cuartos encerrados, sin ventilación alguna. Extiende la hoja. Con un dedo muy gordo y poco limpio me señala un recuadro: "Delincuente muerto a tiros en una riña callejera". ¿Y? —le digo. —"Lea". Me pongo a leer: "Frente al Bar "La Mariposa" se produjo anoche una riña entre maleantes. Alcides Pereyra, alias "El Negro", alias "El Lonja", alias "Bocado", oriental, soltero de 32 años de edad, en estado de ebriedad y por motivos que se desconocen aún, desafió a pelear a sus dos compañeros de beberaje hasta ese momento en el citado bar. Salieron a la calle y en medio de una gresca fenomenal que alarmó a los parroquianos, comenzó un tiroteo que, por fortuna, no llegó a convertirse en una verdadera tragedia. Los tres malvivientes hicieron uso de sus armas y recibieron múltiples heridas, pero sólo Alcides Pereyra murió instantáneamente a causa de un disparo que recibió en pleno corazón. Las autoridades policiales que se hicieron presentes de inmediato...".

—Necesitás tomar algo fuerte. Estás temblando. Mozo... dos whiskis.

—He sido claro, ¿no?

—¿Tenés el recorte?

—Sí, el dueño del Bar me lo dio. Lo había guardado porque se trataba de algo relacionado con su local. Empecé a caminar como loco. Por eso te llamé.

—¿Cuándo murió el Lonja?

—Hace ocho meses. Eso no es todo. Este es el recorte. ¿Lo ves? Acá abajo hay una fotografía del Lonja para mostrarlo en uno de sus aspectos: el de carrerista. Dice el epígrafe: "Pereyra en el Hipódromo, rodeado de amigos, celebrando la victoria de un caballo al que había apostado una gruesa suma". Míralo. Es este. ¿Lo ves?

—Sí, sí, lo veo.

—¿Qué más ves?

—Gente.

—¿Qué gente?

—¡Qué se yo! Aquí hay varias personas.

—Vos tenés muy buena vista. Mirá otra vez. El que está a su lado, a la izquierda.

—Ah, sí... este gordo.

—¿Sabés quién es?

—No.

—No adivinás?

—No me digas que es Ambrosio Pacheco...

—Sí, es Ambrosio Pacheco. Lo vi aquí y de pronto mi memoria comenzó a funcionar vertiginosamente. No sé de dónde extrajo un momento que el propio Lonja había intentado, vanamente, revivir. Lo vi al gordo Pacheco, mostrándome los boletos del "Carlos Pellegrini". Lo vi sonreír. Lo vi entero, en una palabra. Si está aquí, existió. No era mentira del Lonja.

—Pero quién no existía era el Lonja... El no pudo hablarte.

—Vos escuchaste la cinta.

—Escuchémosla de nuevo.

—No la tengo. La necesitaba para un reportaje importante y la borré. Pensé que como había transcripto ya todo el material...

Bebieron en silencio. La madrugada acercaba su primer aliento frío.

El mozo atendió a los pocos parroquianos trastnochadores. O madrugadores. Alguien tropezó con la mesa de los dos amigos.

—Disculpen —dijo una voz.

—No es nada.

Los pasos se alejaron.

—Pocho... ¿lo conocés? Porque a mí me pareció que era...

Miraron hacia la puerta. El hombre se volvió hacia ellos. Les sonrió. Saludó con la mano.

—Chau —dijo.

Desapareció.

—¿No era el gordo?

El otro bebió de un trago su resto de whisky.

—Sí, sí, era el gordo. Pero ¿cuál de los gordos?

florencia y sus planes

Florencia suspiró, aburrida. El libro no era interesante. Levantó con cuidado la mano mojada, la pasó por el gran toallón de grandes flores rojas que colgaba a su derecha y la restregó. Luego, su mano avanzó hasta el gran atril donde estaba abierta la novela que leía, echada en la bañadera, con la cabeza apoyada en la pequeña almohada de espuma de latex. El agua jabonosa, muy caliente, era, como solía decir Florencia, el acolchado más suave y liviano que había conocido. Y tal vez por eso, Florencia aprovechaba la tibieza de ese acolchado cada vez que disponía de un par de horas de descanso. Entre clase y clase solía ocurrir, dos veces por semana, que se abriese ese paréntesis de placidez, de tranquilidad. Florencia telefoneaba entonces a Orquídea y ordenaba que le preparase el baño bien caliente, que colocase el atril de sus libros y que le llevase los dos o tres libros que solía tener sin leer todavía. En cinco minutos de marcha rítmica, recoría las seis cuadras que separaban el estudio de su casa. En dos minutos, el ascensor la depositaba en el octavo piso, frente a la puerta de su departamento. En dos minutos se desvestía y penetraba en la bañadera, que a veces no alcanzaba a estar llena. Esto contrariaba a Florencia, acostumbrada a ejecutar sus planes

con un ajuste perfecto sobre el tiempo de que disponía.

—Señora Florencia, no me ha dado tiempo para llenar la bañadera —decía Orquídea, molesta.

—No hiciste lo que te ordené en el momento mismo en que colgaste el tubo —respondía Florencia cuyo malhumor acababa de nacer, repentina y agudamente.

—Señora, directamente desde el teléfono hasta el cuarto de baño, se lo juro, caminé en cuanto usted cortó.

—En ocho minutos, exactamente, la bañadera tiene que llenarse.

—Eso en sus ocho minutos, perdonemé, pero no en los míos —protestaba, ya picada, Orquídea.

—No perdamos tiempo —ordenaba Florencia.

Se sumergía, con deleite, en la bañadera. Dos horas libres por delante, para seguir luego con el plan elaborado hasta pasada la media noche. Hoy, por ejemplo...

—Orquídea, preparame el vestido estampado, la cartera y los zapatos amarillos.

Orquídea rezongaba entre dientes.

—Una no tiene un minuto libre y encima de todo tiene que recibir reproches...

Florencia se irguió sobre su espumoso lecho.

—Te estoy oyendo, ¿eh? Sabés que no me gustan los rezongos. Aquí, todo lo que hay que decir se dice cara a cara. Ya lo sabés. Así que vení, hacé el favor.

Orquídea, pesada y lenta, se entreparó en la puerta del cuarto de baño.

—Entrá.

—Perdone, pero no me gusta.

—Soy yo la que te ordeno. Entrá.

—A usted no le importa, pero a mí me da vergüenza. Se lo he dicho siempre.

—Y siempre te he repetido que éste es el único lugar y el único momento de tranquilidad para conversar. Además, no tenés por qué mirarme.

—Usted siempre me pide que le hable mirándole los ojos. Cuando está metida ahí, en el agua, no puedo mirarle los ojos.

—¡Haceme el favor, Orquídea! Sentate y mirá para donde quieras, pero hablemos.

Orquídea se desparramó generosa pero tímidamente en la silla laqueada y brillante y se entretuvo mirando los azulejos rosados del cuarto de baño.

—Dejá este libro por ahí, haceme el favor.

Orquídea lo recogió en el aire.

—Alcanzame la otra novela. No. Esa no. La que tiene el lomo azul. La azul, Orquídea.

Florencia pensaba en los prejuicios de Orquídea, que se avergonzaba de saberla desnuda en la bañadera, aunque no la viera bajo la burbujeante espuma de sus sales jabonosas (de algas, para mantener la tersura, la suavidad de la piel, decían los prospectos y la propaganda del producto que había adoptado) y en la increíble tozudez de su empleada, a pesar de la larga convivencia. Pensó en cuántos años. ¿Diez? Tal vez más. Doce, puede ser. "Dios mío, qué joven, pero qué joven era yo... una criatura, como quien dice. Y me creía tan vieja...".

Florencia abrió el libro de lomo azul que le alcanzara Orquídea. Autor desconocido. Leyó la información de solapa. "Una figura relevante de la nueva promoción de escritores norteamericanos, que afronta un tema de guerra desnudando

el verdadero objetivo y la conducta de los grandes responsables...". No le interesaba. Desde hacía un tiempo no quería más que lecturas entretenidas, con temas apasionantes, que mostraran conflictos amorosos. Florencia podía verse convertida en cualquiera de esos personajes que la enamoraban y atraían. Y así, cada vez, su Francois, su Jack, su Michel, su Román, su Horace, su Jean-Paul, su Roberto, su Stanley —francés, americano, inglés, mexicano— su hombre de turno le aceleraba el corazón.

"Lo que te pasa a vos —solía decirle Estela— es que te conformás con vivir en un mundo de fantasía. Vos vivís a través de tus personajes de novela, pero si tuvieras que enfrentarte con uno de esos hombres de carne y hueso, en la calle, en el avión, en una reunión, te convertirías en lo que sos ahora: en una mujer fría de corazón, que no sabe lo qué son sentimientos. Porque vos, mi hijita, tenés sentimientos pétreos. Te lo doy firmado."

—¿Me puede decir para qué me obliga a estarme aquí sentada, con todo lo que tengo por hacer todavía? —protestó Orquídea.

—Te dije la ropa que me voy a poner. Esta noche voy al teatro y me invitaron para una reunión en lo de Pocha Alicante, así que volveré muy tarde.

—¿Tengo que dejarle algo preparado?

—Un vaso de leche, fuera de la heladera.

Orquídea explotó.

—Señora Florencia, yo he tenido mucho aguante para soportar todas sus rarezas y locuras, pero esto de recibir órdenes en el cuarto de baño me parece que es el colmo. Así que le voy

a decir una cosa: búsquese otra empleada. Me voy con mi hijo a San Isidro.

Florencia tiró con rabia el libro de guerra.

—¡No sos mi esclava, no te compré y no tenés contrato de por vida, así que sos muy dueña de hacer lo que se te ocurra! Lo que pasa es que cuando sabés que no hacés las cosas como debieras hacerlas, te ponés hecha una mula. Andate. Prefiero arreglarme sola antes que tener que soportar a una neurasténica como vos. Andate ahora mismo si querés.

—Ya me estoy yendo —chilló, histérica, Orquídea.

Y se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño.

—¡Sí, te estás yendo, pero dejá pronta mi ropa! Y vení mañana a cobrar, porque ahora no tengo dinero!

Se alejaba ya Orquídea y Florencia comenzó a sentir una rabia sorda. La sacaba de quicio que su empleada no la entendiera, que no aceptara algo tan sencillo como conversar mientras ella se bañaba. Pero aunque siempre había ocurrido así, esta vez había colmado su capacidad de resistencia.

—¡No hay quién aguante a estas histéricas! —gritó.

Orquídea se detuvo, volvió su rostro hacia donde estaba Florencia.

—Y sepa que Orquídea ha muerto para siempre ahora mismo. Desde este momento vuelvo a ser Romilda. ¡Y se acabaron las locuras! ¡Para siempre!

Empezó a gimotear.

—He aceptado todo siempre, como una idiota. ¡Hasta que me cambiaron el nombre! A ver qué empleada le va a aceptar que la llamen Orquí-

dea, sólo porque a la patrona se le ocurra... ¡Romilda Pérez hasta la muerte! Estoy harta de vivir con una patrona que no hace más que cosas raras. ¡En lugar de vivir en este departamento, váyase a Vieytes y cámbiele los nombres a los locos! ¡Estoy segura de que ni siquiera ellos lo van a aceptar!

Florencia tragó saliva, apretó los labios. Ya estaban echadas a perder sus dos horas de descanso, sus ciento veinte minutos de placidez, su baño caliente. Cinco clases de gimnasia rítmica a solteronas cuidadosas, a gordas que se quejaban en cada clase pero no dejaban de comer bombones y sandwiches de pavita después de cada sesión, a escuálidas muchachas ansiosas y lánguidas, todo el hartazgo de una rutina de años y no encontraba ni siquiera estos remansos de paz en los cuales le parecía recobrar su verdadera personalidad.

Perdido el día. ¿Con qué ánimo saldría esta noche? Todo por esa estúpida Orquídea.

—¿Tu verdadera personalidad? —sonrió sibílicamente Pocha Alicante. No sé. Sos tan cambiante, tan versátil, tan imprevisible, tan...

—Encantadora —dijo suavemente una voz masculina.

La voz sonó tan cerca de sus oídos, que Florencia podría jurar que nadie más que ella la oyó. Sí, era el hombre de las matemáticas, el que había descubierto de pronto ante ella, un rato antes, en una charla en la que participaron todos los hombres —ay, tan pocos, en ver-

dad— de la reunión, un universo increíblemente hermoso.

Pero mientras pensaba en el almuerzo de mañana, en tenderse la cama, en pasar la aspiradora, la presencia cercana de aquel hombre la estremecía ligeramente. "Ni qué tuviera veinte años. ¡Qué ridícula!", se dijo a sí misma. Así que cuando volvió el rostro sabiendo de antemano que su mirada iba a encontrar derechamente la de él, la afrontó fríamente, desnuda de todo interés. Los ojos cuya mirada se asió a la suya, parpadearon de una manera especial que le hizo recordar de súbito a un niño que vivía cerca de su casa y que miraba así.

"Si tuviera quince años menos —pensó Florencia— si tuviera siquiera diez años menos, valdría la pena empezar de nuevo. Pero voy a cumplir... Muchos. No los diré nunca. Muchísimos. Más que cualquiera de los que están en esta reunión. Más que él, sin duda". Y sin embargo, sonrió casi sin proponérselo y encontró en la otra sonrisa la complicidad con que el amor suele compartir, en público, una caricia invisible.

Pocha Alicante seguía hablando de Florencia. Florencia era tan excéntrica... Ordenada, sí, pero locamente ordenada u ordenando todo locamente.

—¿Te acordás, Florencia, cuando compraste treinta sombreros?

—Todos juntos, ¿che? —preguntó con aire sofisticado Mariana.

—¡Qué locura!

—Sería en épocas lejanas —apuntó Baby.

—Many years ago —remató Billy.

—Pues aunque les parezca mentira, el año pasado —siguió Pocha.

—De modo que no has tenido siquiera tiempo de estrenarlos todos, porque me figuro que en el verano no usaste sombrero...

—Asómbrense —siguió Pocha, implacable—. Los ha estrenado todos, usándolos a diario. Y usando varios por día. ¿Es verdad o no, Florencia?

—Bueno... es verdad.

—¡Quieren que les cuente cómo? —chilló casi Pocha.

—¡Sí, sí, que lo cuente, que lo cuente! —aullaron casi todos.

Florencia sabía que la envidia suele parecerse a la admiración, si ésta es insincera. Ahora, cada frase de Pocha hacía que la semejanza fuese más real y evidente.

—¡Lo puedo contar? —rió Pocha.

Florencia encendió su cigarrillo en el encendedor del hombre de las matemáticas y se encogió de hombros.

—Florencia es loca por los sombreros, pero como trabaja todo el santo día y dispone de tan poco tiempo para aceptar invitaciones y salir, decidió usar los sombreros que compró... en su casa. Sí, no rían de esa manera, porque no estoy inventando nada. ¿Verdad que es así, Florencia?

Florencia permaneció ajena e indiferente a la intención maligna de Pocha, como si estuviera comentando algo acerca de otra persona que nada en común tenía con ella.

Pocha comenzó entonces su gran actuación, pues se preciaba de saber imitar a todos sus amigos.

—A veces, en el momento del desayuno, Florencia le ordenaba a Orquídea que le alcanzara el sombrero de fieltro beige. Se lo ponía frente al espejo... así...

Una tempestad de carcajadas.

—...en bata y chinelas... y bebía su té sin azúcar con la misma solemnidad con que lo hubiera hecho frente a la Reina Isabel. Salía para el estudio y al regresar, para el almuerzo, después de ponerse las chinelas, claro, elegía otro sombrero de su colección, esta vez más de acuerdo con la hora.

Remedaba los gestos habituales, armónicos, rítmicos, tal vez un poco exagerados —oh, la costumbre de tantos años de actuar en el ballet— de Florencia mirándose en un espejo, de Florencia observándose cuidadosa, seriamente, entornando mucho sus ojos miopes, alejándose y volviéndose de golpe en una actitud de grandilocuencia teatral.

—Y así, ya sea en el té, en la cena, en los momentos en que escuchaba música y aún ensayando, fíjense bien, eh, aún ensayando un baile, como la he visto yo, Florencia iba usando todos sus sombreros.

Con su mimética expresiva y la burla asomádole a los ojos, Pocha Alicante arrancó un aplauso entusiasta.

—No te enojaste, ¿verdad, Florencia?

—Al contrario —respondió Florencia—. Tengo que felicitarte. Sos una gran artista. El día menos pensado te contrata "Operación Ja-Ja".

Pocha se sintió tocada.

Florencia volvió a escuchar el suave, el cosquilleante susurro de la voz masculina.

—Nunca olvidaré a Pocha Alicante.

—Sí, es muy graciosa.

—No lo sé. No la olvidaré por la oportunidad que me dio de conocerla a usted.

Otro escalofrío la recorrió. Mala señal para Florencia, porque ella disciplinaba sus sentimientos y sus reacciones con la misma prolífica atención con que administraba su tiempo, sus ocupaciones y sus ocios. ¿Por qué habría pedido tantas veces, sin voz, desde el fondo de su corazón, enamorarse siquiera una vez más... una sola vez más... la última? ¿Por qué, si ahora, conmocionada, nerviosa, con escalofríos, tenía un miedo pánico de comenzar otra etapa? Ella había levantado sus defensas contra la debilidad de su corazón. Medidos sus pasos, medida su actividad, medido su descanso, llenando los huecos de su tiempo con libros, con sombreros, con ridículos sucedáneos de todo lo que significaba para otros una cotidianidad normal.

—Estás preciosa, —dijo desde lejos Baby—. Si te viera Javier, volvería a casarse contigo.

La voz susurró de nuevo en su oído.

—Yo la llevaré hasta su casa.

Florencia miró con cierto fastidio a Baby. ¿Por qué tenía que hablar precisamente en este momento de Javier, su ex-marido? Javier estaba muerto para ella como ella estaba muerta para él. Todo se había perdido en un camino lleno de asperezas, de rabietas, de discusiones inútiles, de groserías gratuitas. Pero después de Javier, los otros que habían estado cerca de ella no habían contribuido a su felicidad ciertamente.

—¿Nos vamos? —dijo la voz del hombre de las matemáticas.

—Sí —dijo ella.

Florencia se dijo con cierto fastidio por qué había dicho sí cuando debió decir no. Pero todo le salía así. Tenía los "hilos cruzados", le "falleaban las lámparas" como le había dicho tantas

veces Amílcar. ¿O Julio César? Bueno. Era lo mismo.

Salieron lentamente de la fiesta.

El la tomó del brazo. Caminaron juntos.

—Aquél es mi coche —dijo el hombre.

Hombro contra hombro. La envolvía aquel cálido perfume de la colonia, el aroma de un tabaco distinto, mientras él hablaba. Tendrían que verse. El la llamaría. Era soltero. La amaba. Desde el momento que la vio, la amaba, había comenzado a amarla. Era una mujer extraordinaria. Siempre había soñado con alguien así, tan fuera de serie, tan distinta, tan original, tan personal... La imaginaba con sus treinta sombreros, atendida por invisibles azafatas que bailaban a su alrededor. Lo fascinaba que viviera rompiendo las rejas de la cárcel de todas las convenciones... El tenía un concepto de la vida tan distinto... Vivir, gozar la vida plenamente, despreciar y olvidar los prejuicios... Mañana sin falta, mañana mismo, el la llamaría... Mañana mismo... Vivirían aquello que les impusiera el corazón, vivirían en un mundo armónico y distinto...

Cuando llegaron, ella descendió rápidamente del coche. Pensaba: "Es una locura, pero estoy segura de que me enamoraré otra vez. Pero... ¿para qué? ¿Con qué objeto? Sufriré. Me arrepentiré. No debo exponerme a una nueva experiencia. No quiero que me utilicen para el placer y el capricho de nadie..."

El la abrazó de pronto y besó sus labios. Florencia sintió aquella boca cálida, joven, apasionada y se desprendió rápidamente. Subió a su departamento. Entró.

"Bueno... ya estaba todo echado a perder. Todos sus planes se habían venido abajo estrepitosamente. Estúpida. Idiota. Floja. Débil y miserable como antes, como siempre, como todas, succumbiendo sin protestas ante el enemigo".

Se desvistió, se puso la bata. ¿Dónde diablos había dejado Orquídea sus cosas, sus chinelas? Recordó que Orquídea ya no estaba. Mañana la esperaba un día complicado. Mañana las clases, el almuerzo, antes las compras, elegir la ropa, limpiar el departamento. Tendría que dividir el día en tantos trozos. Cada trozo tantos minutos.

Se echó, agotada, sobre la cama. Ahí estaba el teléfono. El la llamaría. Todo comenzaría de nuevo. Para bien o para mal, otra vez los besos, el temblor en los músculos, los escalofríos, la pasión, los celos, los desencuentros... Otra vez de nuevo. La historia no termina jamás, siempre comienza de nuevo. "Sí, señores. El espectáculo comienza cuando usted llega..."

Tomó la agenda. Había que preparar los planes del día. Empezó a escribir. No siguió. La tiró. Marcó un número en el teléfono.

—¿Pérez? ¿Anarildo, el hijo de Romilda? Habla Florencia. Perdone la hora, Anarildo... Por favor, pídale a su mamá que venga sin falta mañana. Que la espero. Sí. Dígale a Romilda que la necesito. Sí, que yo le dije esto. Repítaselo, que necesito a Romilda. ¿Entendió? Y dígale que... No. Nada más que eso. Gracias.

Colgó el tubo y suspiró aliviada.

Adiós, Orquídea. Adiós novelas románticas para devorar bajo la ola espumosa de sus jabones de sales en la bañadera. Adiós sus huecos con sombreros y su contralor de minutos. Empe-

zaba a organizar una nueva Florencia, nuevos días...

Lo llamaría al hombre de la voz suave. Pero... ¿adónde? No tenía su teléfono. Y además... ¿Cómo se llamaba? ¿Alguien lo había presentado? ¿Quién? Llamaría mañana a Pocha... o a Baby. Sí, preguntaría el nombre y el apellido del hombre de las matemáticas... mañana... en cuanto llegara Orquídea... es decir... Romilda.

Comenzó a dormirse.

Mañana, cuando llegara Romilda, le diría...

algo muy extraño

Primero fue una ligera incomodidad. Como cuando a uno lo pica un mosquito. Ni siquiera eso. Como cuando zumba a nuestro alrededor, y estamos alertas a su ataque y se aleja sin tocarnos. Así fue. Ni más ni menos que algo que zumbaba, que tal vez pudiera picar, que revoloteaba unos segundos y que se iba. Pero no del todo. Tampoco se acerca más. Queda quieto en una misma zona. Esto fue así. Me desperté de golpe, como para ponerme alerta y escuché esa especie de zumbido raro. ¿Sabe cómo? Igualito que cuando la radio ha quedado prendida, la estación ha terminado sus programas y usted escucha ese zzzzzz que al final lo despierta. Yo pensé en la radio. Dije: "qué idiota soy, la dejé prendida". Como la radio está en la mesa de luz de mi mujer, me senté en la cama, y por encima del cuerpo de ella, quise apagarla. Pero fíjese qué sorpresa: estaba apagada. Entonces pensé que había estado soñando. Así que me dormí otra vez. Pero esa fue la primera vez, hace como dos meses. ¿A ver? Sí, justamente, mañana se cumplen dos meses que la finada... Sí, sigo con la historia. Usted no puede creerme pero le juro que todo pasó como yo se lo estoy contando. La cosa empezó esa noche y ya siguió hasta los domingos, que es el único día que paso en casa y aprovecho para dormir una siesta de una horita

antes de ir al fóbal, porque yo soy aurinegro, a mucha honra. Almorzamos temprano, a las doce y mientras mi mujer lava la cocina yo duermo. Pero sabe qué pasa, que a veces llueve, o me da una pereza bárbara y me voy quedando en la cucha. Entonces mi mujer termina temprano, se mete en la cama y ahí disfrutamos los dos, descansando como reyes. A veces ella se levanta... bueno, se levantaba... perdóneme, pero siempre me olvido que pasó eso tan extraño... Le gusta el mate y a mí me vuelven loco las tortas fritas, de modo que cuando no hay fóbal nos mandamos una tarde folklórica que para qué le voy a contar. Yo la quiero a mi mujer y a pesar de que hace quince años que nos casamos, nunca la engañé. Y no habrá sido porque soy mal ligador con las mujeres. Al contrario. Diga que uno es así, acostumbrado con el ejemplo del viejo y además porque no soy hombre de aventuras. El trabajo, mi casa y mi mujer. Y como no tenemos hijos, figúrese. Casi era mejor. Usted no podrá creerlo, pero las únicas discusiones que tuvimos con mi mujer fueron por la radio. Ahí sí que me enfurecía la pobre, que en paz descance. Yo no sé si todas las mujeres son iguales, porque ya le digo que mi trabajo, mi casa y mi mujer y después del fóbal al boliche de la esquina con los muchachos del barrio y sanseacabó. Ni las barajas, me gustan. Ni las copas. Yo le tomo una grapa con limón, un vaso de agua helada grande así y hasta verte vida mía. Siempre fue igual. Y a esta altura del partido fíjese que uno no va a cambiar. Ah, sí... Al asunto. Claro. Pero me extiendo para que comprenda. Yo quiero que usted sepa la verdad, porque todo eso que me leyeron en la declaración o en el

sumario o no sé cómo se llama, y lo que dijo el Comisario y el otro abogado y el Juez y lo que escribieron cuando fuimos a mi casa a hacer la reconstrucción de los hechos, como usted dijo, son todas mentiras. ¿Usted sabe que vi a más de uno reírse? Sí, perdóne. Sigo. ¿Dónde estábamos? Lo de la radio. Mi mujer era una enloquecida de la radio. Si me habrá jorobado para que le comprara un receptor. Anduve de la Zeca a la Meca hasta que conseguí ese. Lo quería chiquito, manuable, para llevarlo a la cocina. Mientras cocinaba, la radio prendida. Y dale que te dale. D'Arienzo, ¿sabe cómo? Y después todo lo que viniera. Con decirle que estaba loca con Palito Ortega, que será joven, simpático y como decía la finada "con una mirada tan triste que dan ganas de sentarlo en la falda y consolarlo como a un botija", pero canta mal, ¿no? Yo se lo decía y eso la enfurecía. Comíamos con la radio prendida. La sierta la dormíamos con la radio prendida. Era una tortura, se lo juro. A mí me gusta la música, sí, pero poco, como la bebida. Mi vieja decía siempre y mi mujer se enojaba cuando yo se lo decía a ella: "mirá que lo poco agrada y lo mucho enfada". Pero no. Dale que te dale. ¿Quiere que le diga toda la gente que canta por la radio? Sonia López, Los Panchos, Leo Dan, Lalo Fransen, Roberto Yanés, Javier Solís, el finado, Claudia, Marianito Mores, Alba Solís, Sussy Leiva —también finada, ella— Julio Sosa, para mí el más grande de todos después del que usted sabe, ¿no? Del Mago, viejo... perdón... de Carlitos, del único. Pero le digo mil más: Los Iracundos, Los guagancó, Los Cuatro Brillantes, Los Fronterizos, Chico Novarro, Violeta Rivas, Manzanero, Rosamel Araya, Néstor

Fabián... No, si quiero demostrarle todo lo que ella escuchaba, porque yo le nombré a los que escuchaba yo con ella cuando estaba en casa pero ella no dejaba de escuchar nunca. Yo conozco lo mismo a Frank Sinatra que a Rafael. A fuerza de oírlos, hasta al francés ese del nombre turco, no, armenio, sí, Aznavour, y a Silvi Vartán, y a los italianos, desde Mina hasta Rita Pavone. No, fíjese qué raro. Mi mujer no escuchaba novelas. Música nada más. Sólo música. Yo le decía, jorobándola: "vos engordás con música". Ella estaba muy gordita. Vio, ¿no? Pensar que cuando nos casamos pesaba cincuenta kilos escasos. ¿Se fijó ahora... quiero decir... ese día? Más de ochenta. Sí, señor. Sana como una manzana. Y rosada. Y alegre. Pero siempre con su radio. Yo le decía: "vieja, ¿qué te parece si vamos a ver una película de conboys?". ¿Usted cree que me escuchaba? Empezaba a los chistidos conmigo. Si yo, porfiado, insistía, se ponía cabrera que daba miedo y ya empezaba a los manotazos, como diciéndome "callate, callate, dejame oír". Nunca se cansaba de escuchar. Nunca. Apagaba la radio no sé cómo; cuando ya el sueño la vencía atinaba a dar vuelta a la perilla. Y yo descansaba. Yo no me dí cuenta, al principio, de lo que pasaba. Usted sabe cómo son las mujeres. Se les mete cada cosa en la cabeza... Yo creí que me lo hacía a propósito, que sin darme cuenta, aprovechaba ella los segundos en que yo me distraía con el diario para levantar el volumen de la radio. Yo decía, pongamos por caso: —"Vieja, ¿viste lo que pasó en Buenos Aires... — y no terminaba la frase cuando escuchaba a todo trapo:

La felicidad
ja, ja, ja,
es sentir amor
jo jo jo

Y como ya no podía levantar mi voz, esperaba que aquel borbotón musical disminuyese para tratar de meter otra frasecita: —"Vieja, querés algo de la calle? ¿Te puedo hacer un mandado?". Mire, no lo creerá, pero cualquiera le puede decir si alguna vez fui afecto a la mentira. Todos mis amigos y compañeros pueden ser testigos. Yo nunca miento. Yo hablaba de cualquier cosa, de cualquiera. Instantáneamente subía localmente el volumen del receptor y lo que yo escuchaba era:

Me parece mentira
después de haber querido
como he querido yo.
Me parece mentira
encontrarme tan solo
como me encuentro hoy

Perdóneme si en este momento no puedo repetirle todas las frases musicales que me aturdían. Era lo que cantaba Roberto Carlos y Dalida, Mirel Matié, Yoni Jalidey, Juan Ramón, Nito Mores, Marty Cosenz, Yaco Monti, De papasandemamas, Rolando Laserie... Sí, perdone, pero es que no quiero que pase por alto ningún detalle. Yo quiero que reluzca la verdad, nada más que la verdad y si usted no se entera de todo ni siquiera usted podrá creer lo que pasó. Sí, es extraño, lo sé, lo sé, pero ¿qué culpa tengo yo de que haya podido ocurrir algo tan extraño? ¿Se acuerda

que le dije que la primera vez que pasó eso, yo pasé el brazo por encima de ella, que estaba dormida, para apagar la radio que me pareció que había quedado prendida, porque me zumbaba en la cabeza ese ruidito tan molesto de zzzzzzz? Bueno. Se lo dije, ¿no? La radio estaba apagada. Entonces me dispuse a dormir. Me vuelvo a mi lugar para no despertar a mi mujer, cierro los ojos... y otra vez el zzzzzz. Sí, el ruido de una radio que ha quedado prendida, pero que ya no transmite nada, porque la estación ya terminó con todos los programas. No había otro receptor en el departamento. Y el ruidito seguía. Y mi mujer dormía. Y yo, cada vez más nervioso. De repente, fíjese, señor, póngase en mi lugar y dígame si no es para quedar con la boca abierta de sorpresa, empiezo a decirme para tranquilizarme: "yo el ruido lo escucho, lo siento. Está aquí. Pero ¿dónde? ¿Dónde?" ¿A usted no le ha pasado en mitad de la noche despertarse asustado por la sensación de algo pequeño que va creciendo, creciendo en la oscuridad, algo que se agiganta y que de pronto se puede desplomar encima y aplastarlo? Y el zzzzzz que seguía. Me revuelvo para acá y para allá y sin poder dormir. Me doy vuelta para el lado de mi mujer. Y me parece que el ruido viene de ella. Fíjese bien, señor. Del cuerpo de ella. De dentro de ella. Me acerco más. Claro, ahora cualquiera puede decir que estoy loco, que solamente un loco puede decir estas cosas, pero usted sabe muy bien que cuando la gente entró al departamento no encontró ni rastros de sangre... ¿Miento, señor? Ni una gota. Pero esto fue después. Aquel primer día, hace dos meses, descubrí que ella era un receptor de radio. No estaba

funcionando, señor, porque la estación había terminado sus programas, pero era el mismo ruido característico. Empecé a acercarme más y más a mi mujer. De repente la toqué. ¿Y sabe lo que pasó? Una corriente eléctrica que salía de ella, me provocó un tirón terrible. Sí, una verdadera descarga eléctrica. Casi me fui al suelo. Empecé a observarla. Mi mujer respiraba de una manera muy rara y todo su cuerpo despedía un calor ¿cómo decirle? Como el calor de una plancha caliente. ¿Vio que uno acerca la mano y ya se siente que la plancha está caliente? Bueno, así. Era un receptor de radio. Ya no pude dormir profundamente. Estaba en una especie de somnolencia, nada más, cuando me despertó la música. Que salía de mi mujer. Y ella durmiendo. Bueno, yo digo durmiendo pero era algo muy distinto al sueño. Como si no tuviera vida, aunque vivía. Me pellizqué, me dí golpes en la cabeza cuando fui al cuarto de baño, me duché con agua fría y cuando tomé mi café negro, que es siempre mi desayuno antes de unos amargos, decidí contarle lo ocurrido a mi mujer, para reírnos juntos, porque todo tenía que haber sido un sueño. Y ahí, cuando le quise hablar, fue cuando me di cuenta que ella ya no hablaba, que cuando abría la boca me largaba bocanadas de música y nada más. ¿Se hace cargo? Música. Abría la boca y salía música. Ella hacía lo de siempre, lo de todos los días, limpiaba la casa, salía a hacer las compras, cocinaba, se sentaba frente a mí, me miraba, sonreía, más con los ojos que con la boca, con la mirada, quiero decir. Yo le hablaba y ella me contestaba, pero con música. Yo le decía: "¿Me oís, vieja?". Ella sonreía, abría la boca... y funcionaba como un aparato de

radio. Yo le daba un beso cuando me iba y otro cuando llegaba. Cuando me metía en la cama, le confieso que lo hacía desalentado y lleno de amargura. Mi mujer ya no me inspiraba ningún deseo. Pero ninguno. Ella se dormía en seguida. Yo le digo dormir a aquello tan raro de quedarse como muerta pero viva y con el cuerpo caliente y lleno de electricidad y aquella música que no paraba nunca. Nunca. No sé qué pasaba. A veces, como aquella primera noche que le conté, la emisora o no sé cómo llamarle a aquello que le funcionaba adentro, paraba. Y aparecía el zumbido que me atormentaba casi más que la música, aquel zzzzzz inaguantable. Y sí, fueron dos meses, es verdad. Todos me dicen cómo no fui a consultar a alguien. ¿A quién? ¿A un médico? ¿A un técnico de radio? Se la doy a cualquiera. Lo que a mí me pasaba era tan del otro mundo, que si lo hubiera consultado con alguien, hasta con mi mejor amigo, me hubiera mandado enhalecar. Si los conoceré. Usted también los conoce. Cuando no se entiende algo, al diablo con eso. La gente cree solamente lo que puede creer un chiquilín. Sí, sí, ya termino. Usted quiere saber qué fue lo que pasó aquella noche del sábado, cuando volví del boliche. No, no estaba borracho. Estaba preocupado y los muchachos me cargoseaban:

—“Vamos, flaco, largá el entripado que te amarga. A ver, Caputti —Caputti es el dueño del boliche— servile una uvita. Caputti, metele una grapa con limón. Caputti, hay que sacarle la mufa a éste...”. Pero no crea que me pasé al otro lado. Tan fresco como en este momento. Preocupado, cargando con semejante problema. Por un momento pensé hacerlos callar a todos y

decirles: "A ver, a ver, tanto charlar y charlar... ¿quién de ustedes está casado con un receptor de radio?" ¿Se imagina la cara que habrían puesto? Así que me fui a casa con una enorme tristeza. Sí, tristeza, pensando que todo estaba sucediendo como si fuera un cuento, sólo que yo había dejado de tener una mujer como todas. ¿Sabe qué pensaba? Que si le hubiera hablado siempre, como antes, como al principio, tal vez ella no hubiera terminado en eso... Pero uno se mete en el diario, no le saca los ojos de encima y seguramente ella me había hablado y yo, como si escuchara llover. ¿Verdad que siempre pasa así? Sí, sí, le digo en seguida lo que pasó. Me puse el piyama, le pedí unos amargos, ella trajo el termo, yo empecé el mate. Nos sentamos, como siempre, en el comedor. La miré tanto, como creo que no la había mirado desde que habíamos sido novios. Ella sonreía, con la mirada, claro, y abría la boca y sólo salía de allí música, como todos los días. Leí el diario. Ella se fue a la cama. Como a la hora, más o menos, fui yo y me acosté. La música seguía. Yo no podía dormir. Quise tocarla. Ella echaba fuego. Sí, ¿sabe como es eso, cuando los receptores se recalientan, no? Y la música seguía. Yo me tapaba la cabeza con la almohada. Y la música era cada vez más estridente y la cama entera parecía echar fuego y ella estaba allí, como muerta, pero eléctrica y funcionando, funcionando incansablemente. Le dije: "Sé que te tengo que pedir perdón por muchas cosas. Bueno, te pido perdón ahora, pero hablame siquiera una palabra. Decime sí. Solamente eso te pido. Sí y nada más". ¿Querrá creer? La música seguía. Entonces, tomando coraje, la fui a tomar en mis

brazos. "Aquellos" hizo un cortocircuito... sí, sí, señor, tiene que creerme. Empezaron a salir chispas, el fogonazo me hizo retroceder bruscamente y se me chamuscaron las manos. Usted vio cómo tenía yo las manos... Ya no había música. Se hizo un silencio tan grande que me empezó a entrar un miedo... Empecé a llamarla: "Vieja, vieja, decime cómo estás... Vieja... vieja, contestá una palabra siquiera..."

Pero no me contestaba. No respiraba. No le salía música. No andaba más. Entiende, ¿verdad? No andaba. Se había parado, se había quemado. Sí, usted también sonríe, porque uno lo dice y parece un cuento inventado. Desesperado, me levanté, corrí a la cocina, traje agua, intenté abrirle la boca y fue entonces cuando me di cuenta que mi mujer ya no respondería nunca más, que seguramente hacía mucho tiempo que ya no podía hablar, porque... sí, ¡déjeme gritarlo, porque es verdad, es verdad, es verdad! Luché y luché, casi llorando, por abrirle la boca... ¿Sabe lo que le salió de adentro de la boca? Alambres, cables, lamparitas, tornillitos... Lo que yo les mostré a todos, a todos. La dejé sobre la cama, echando todo aquello y salí desesperado a la calle. Corré hasta la esquina en el momento en que el boliche estaba bajando la cortina metálica. Le grité desesperado a Caputti "necesito un médico. Mi mujer está muerta. Llamá a la Asistencia Pública, llamá al Sindicato, llamá a quien quieras". Me sirvió una grapa, o dos o tres... No sé. Sé que cuando desperté estaba en mi casa, tirado en el suelo, la policía ocupaba todo el departamento. No podía abrir los ojos, no podía casi moverme, y ellos me decían: "Hablá, confesá, cantá de una vez por todas..."

Vos la mataste... ¿Dónde está el arma?". Señor, fíjese bien: ¿qué arma? Yo nunca tuve un arma. Nunca. Les dije lo que había pasado. Me arrastraron hasta la cama. Mi mujer estaba en la misma posición en que yo la había dejado, pero... la sangre empapaba las sábanas, el colchón, el piso... "Asesinos" les grité. Ellos le hicieron algo. Sí, yo le dije a Caputti que estaba muerta, porque se había quemado delante de mí, porque había dejado de funcionar, ¿entiende? Yo pensé... creí... cuando echaba todo aquello... Yo no tengo la culpa si la policía hizo desaparecer las pruebas. Sí, echó todo lo que yo le digo. Yo sé que todo es algo muy extraño, muy extraño, pero yo nunca he mentido. Fue como le digo. Tiene que creerme. ¿Usted me entendió bien? Por favor, escúcheme. Se lo contaré desde el principio. Escuche: primero fue una ligera incomodidad, como cuando a uno lo pica un mosquito...

mil puertas mágicas o exilio sin retorno

... "No premiamos solamente la conducta de una funcionaria modelo, sino la fidelidad de una amiga de la firma. Ella asistió siempre con dedicación e inteligencia, con tacto y sentido común, los problemas a que nuestra empresa se vio abocada. Esta medalla, que le entregamos en el día de su retiro de nuestra firma, dice simplemente: "Gracias, amiga".

La dio vuelta, la miró, la sopesó. Oro 18 quilates. Bonita y delicada medalla. Tal vez para colgarla de una pulsera. Lo pensaría cuidadosamente. Después de disfrutar unos meses de descanso absoluto, sin horarios, sin preocupaciones reiteradas a través de treinta y seis años de trabajo: "lloverá, debo llevar paraguas; va a refrescar, no olvidarme del buzo rojo; después de la oficina iré al cine, conviene que lleve el tapado azul; voy a llamar a Gladys para que me peine después de las 7; tal vez cene con los muchachos o vaya a tomar una copa con Dinorah... " ¡Qué felicidad! Ahora todo el día por delante, libre, pleno, rico, como una fruta para hincharle el diente. Por cualquier lado. Un día re-

dondo, gordo, macizo, exquisito, sabroso. Sin horarios. Comería en el departamento o en el bar de la esquina, en el centro, en Palermo, en Belgrano, haría sus citas con gente amiga a la que hacía pila de tiempo que no veía, a las tres de la tarde, a las cinco, a las diez de la mañana. Sin agenda, sin calendario, sin el rin-rin-rin del teléfono reclamándola a cada rato.

"Señorita Miraldi, preguntan del estudio del doctor Alvarez si el expediente de la sucesión Aznarez volvió de Tribunales".

Al cuerno los expedientes, el estudio del doctor Alvarez, la sucesión Aznarez, la máquina de escribir, la caja de eureka, los anteojos para mirar de cerca, la faja. "Liberación de las masas", decían los muchachos. Sí, sí, se compraría un portaligas discreto, chiquito, haría ejercicio, se quitaría los rollos que treinta y seis años de estar sentada ocho horas por día le habían ido ensanchando la cintura, los muslos, las caderas. Vería películas a las dos de la tarde, recorrería Florida y Santa Fe por las mañanas, morosamente, no como cuando el señor Fischer o el doctor Suárez la mandaban a elegir un regalo, "en media horita, por favor". ¡Qué placer!

"Señorita Miraldi, tengo un compromiso con la Coquito Montes. Entre usted y yo, como siempre." "Sí, señor Fischer, soy una tumba." "Esta Coquito me trae de cabeza, me amenaza con un escándalo. Usted tiene que arreglármelo. Vaya a Gutmann, por favor. Elija un brazalete." "¿Cuánto puedo gastar, señor Fischer?" "No me pase de ciento cincuenta mil, por favor... "Muy bien". "Elíjalo usted, confío en su buen gusto." "¿Lo traigo para mostrárselo o lo hago enviar directamente?" "No, tiene que hacerme otra gaucha-

da. Lléveselo usted misma." "A su casa o al teatro?" "A su casa. Gracias, señorita Miraldi".

Menos mal que en ese momento miró el calendario. "Señor Fisher, le recuerdo que hoy es el décimo aniversario de su matrimonio. ¿Eligió algo para su señora?".

Qué cómico el gesto del señor Fisher pegándose aquella sonora bofetada en la frente, donde le quedó, por un buen rato, una mancha rosada. "Ya sabía que me estaba olvidando de algo". "¿Le mando flores?". "Espere, espere... déjeme pensar... caramba... ¿qué me había dicho Matilde que deseaba tener...? Lo olvidé por completo." "Señor Fisher, si me permite, lo que la señora Matilde ansiaba tener era un Soldi..." "Ni una palabra más. Un Soldi. Elíjalo. Consulte con mi mujer, dígale que me estoy atormentando desde hoy y no sé qué cuadro de Soldi elegir, averigüe en qué galería lo vio, quién lo vende. Pero dígame: ¿cuánto vale un Soldi?" "Menos que el brazalete, creo." "¡Qué día maldito!" —gimió el señor Fisher.

Fue excitante ir a la joyería, ser atendida como una reina, sentarse frente a la pequeña mesa, examinar concienzudamente una joya, y otra, probarse collares, brazaletes, anillos, advertir sus destellos, contemplar los engarces, los broches, comparar, rechazar unos, seleccionar otros, discutir un pequeñísimo detalle —"qué lástima esta montura demasiado lisa"— hablar luego de precios, de igual a igual. La señorita Miraldi, compradora de joyas: una mujer bien parecida, pulcra, perfumada, tal vez un poco excedida de peso pero elegante, sobria, distinguida. Elegir el estuche, pagar con un cheque firmado por el señor Fisher cuya cifra llenó ella misma. Claro, se

sintió feliz. Todos esos infelices estarían pensando: —Mirá vos, la amiguita de Fisher, ese viejo tiburón incorregible... "Buenas tardes, señorita Miraldi, a sus órdenes señorita Miraldi, vuelva pronto señorita Miraldi, ha sido un placer señorita Miraldi"...

Pensándolo bien, hacía veinticinco años que se ocupaba de esas cosas en el estudio. Primero había sido el padre del doctor Suárez, aquel viejo pillo, historiador, con pinta de prócer, habitué del Maipo. "A ver, m'hijita linda, hágale un favorcito a su patrón, ¿eh? Elija unas flores para una chica tan linda como usted y me las manda a este nombre, al teatro Máipo". ¿Por qué habría sentido tanta rabia aquel día, el primer día que tuvo a su cargo esa tarea? Se le encendieron los cachetes, estuvo tentada por marcharse de la oficina definitivamente, escribir una carta de renuncia, decir "yo no vine a hacer esta clase de trabajos". No lo hizo. Hubiera sido una idiota perfecta. Todos los hombres son iguales. ¿Y la historia de la francesa, que cayó con una sucesión al estudio y vivió con el viejo Suárez quince años? "Señorita Miraldi, córrase hasta lo de Marcelle y llévele este sobre." Marcelle, Carina, la actricita de radio, la hija del doctor Gambetta que casi hubiera podido ser nieta del viejo. Y el dinero al servicio del amor, de la conquista, del flirt, de las rencillas, de las reconciliaciones, de los adioses. Flores, cajas de flores, ramilletes, a veces una orquídea solita, brazaletes, tapados de piel, un coche, un departamento, alfombras, va Jillas, cubiertos. Y ella, manejándose con absoluta discreción, con los cheques, con la elección de los regalos, visitando a todas aquellas mujeres. "Por favor, tome el té conmigo, llega a tiempo".

Cuántas confidencias, cuántas quejas, cuántas burlas, cuántos descubrimientos. Como cuando Gloria dijo que su hijo era del viejo Suárez y ella debió acompañarla, buscarle médico y sanatorio, atender sus ataques de llanto y depresión y escucharla clamar, todavía bajo los efectos de los gases anestésicos: "Carlo... Carlo... amor mío, amor mío, no me dejes... Carlo... Carlo... es nuestro hijo..." Naturalmente que se lo había dicho al viejo Suárez, quien hizo una rápida investigación y exigió que se le hiciera un examen de sangre, "comprobación de paternidad" decía, y supo que Carlo era un hermoso muchacho italiano que tocaba el contrabajo en la orquesta del Richmond... Fue divertido ir, venir, consolar a Gloria, buscar a Carlo, calmar al viejo Suárez, comprar ropa para el bebé, encauzar todo hacia el matrimonio de Carlo y Gloria.

Ya he mirado todas las vidrieras de Santa Fe, las de Florida, las de Maipú, Esmeralda y Súipacha. He recorrido Carlos Pellegrini, he pasado dos horas en el Mercado del Plata, los museos me aburren, son horribles. Es agobiante salir a caminar todos los días. Si subo a los colectivos voy apretujada, de pie, incómoda, recibiendo en las narices el olor de todas las axilas. No he visto nada más aburrido que el Tigre en un día de trabajo. No quiero ir al cine todas las tardes, me gusta prepararme de antemano, gozar algunos días, a priori, el espectáculo que he elegido, tener mi entrada con anticipación como una especie de seguro de esa pequeña felicidad que compro en una boletería. Las visitas a ciertas horas son mortales, me dan ganas de bostezar. Sorprendo a mis amigas con ruleros, durmiente la siesta,

sin maquillarse, muchas veces malhumoradas. Dicen que no les gusta que las visite sin anunciarle previamente. Y pasarme el día de café en café, haciendo tiempo, es hartante. Y ¿haciendo tiempo para qué? Para tener más tiempo en qué perderlo. Es un absurdo. Hace un mes que me jubilé. No me gusta esta vida. Yo creí que no era así, que no tenía que ser así. Me despierto, sin despertador, a la misma hora de siempre. La televisión me pone nerviosa. Me siento más sola, me dan ganas de lanzarme en seguida a la calle. Y en la calle no tengo nada que hacer. Ya fui dos veces al estudio, de visita. Me recibieron triunfalmente. Los muchachos y las chicas dicen que me envidian. El señor Fisher me abrazó: —“Cómo la echo de menos, señorita Miraldi!!”. Me pregunto si su esposa habrá aceptado, por fin, el hecho de que él viva solo en el centro. ¡Bah!, solo es un decir. Que tenga un domicilio en el centro y viva en San Isidro con su bailarina. Y el doctor Suárez me pellizcó la cara, con el mismo gesto conque su padre lo hacía veinticinco años atrás: —“Señorita Miraldi, andamos de cabeza sin usted...” Pobre Jorgito. ¿Quién, como yo, puede conocer todo lo que le pasa?

Siempre había pensado que sería divino llevar un diario de su vida. Era una tontería, una verdadera pavada. ¿Qué iba a escribir? ¿Lo que gastaba por día, los recorridos que hacía, los espectáculos que veía, las visitas, los llamados telefónicos? ¡Idioteces! Leía el diario de la mañana, como en la oficina. Marcaba todo lo importante, pero ¿para qué? Ya no tenía objeto. Había pensado comprarse ropa. Bien mirado, tenía tan pocos compromisos ahora que no valía la pena hacer semejante gasto. Antes era dis-

tinto. Aquellos tés en Saint James, en Harrod's, en el Richmond de Florida, en la casa de Marcella, en San Isidro, aquellas compras importantes en las grandes tiendas, en las grandes joyerías, la elección de deliciosos perfumes...

"Señorita Miraldi, tiene que elegirme dos perfumes: uno para mi mujer, otro para Mabel..." Jorge estaba lleno de preocupaciones. A él le importaba más su mujer, sin duda. Una vez le había pedido un trabajo fuera de lo común. "Me da vergüenza contratar un detective. Usted es más que una empleada. Usted es una vieja amiga de la casa, de la familia. Yo tenía pantalones cortos cuando la conocí, ¿recuerda? Tiene que ayudarme ahora, la necesito". "Lo que usted quiera, Jorgito". "Siga a mi mujer. Tome. Alquile un coche. Me voy para Rosario esta noche. Prométame que se ocupará de eso. Hoy, mañana y el domingo. Se lo ruego".

Hasta lágrimas había en la voz de Jorge. Pobre. Sí, hizo de detective también. ¿Por qué no? Como amiga de la familia, un poco hasta como guardiana de la felicidad de Jorge. Era preciosa la mujer de Jorge: Mónica. Y tan simpática y graciosa y alegre. Y con aquellos dos chiquillos rubios y bellísimos. Muy coqueta, eso sí. Lo prometió y tenía que cumplirlo. Pero cómo se hace una vigilancia, desde un automóvil alquilado, con un chauffeur, además, que se estará preguntando "¿qué demonios hace esta loca?" Había que afrontar el desconocimiento del oficio, el ridículo. Hizo lo ordenado. Se instaló en la esquina. "Es una investigación para el estudio de unos abogados" —dijo en la empresa de coches. Necesito una persona de confianza, discreta, que siga mis instrucciones". No discutió el

precio. Cualquiera, por alto que fuese, debía ser aceptado. Y allí estaba, en el coche detenido contra la arboleda de la esquina. Esperando su presa. Olfateándola. Las diez de la noche. Las once. Jorge Suárez salió, subió a su coche, se marchó. Las doce. Las doce y media. Atención. Alguien detenía su coche en la acera de enfrente. Descendía. Un hombre. El portón fue abierto sigilosamente. El hombre entró. Ella sacó una libreta de apuntes, anotó la hora. El hombre del volante sonrió maliciosamente, meneó la cabeza, como diciendo "Y bueno. ¿Qué se va a hacer?". Ella se reclinó en el asiento trasero. El hombre fumaba. "¿Quiere? —la invitó. "No, no gracias, no fumo". "¿Puedo poner la radio? —dijo el hombre. "Muy baja" —rogó ella. Las dos de la mañana, las tres. Las tres y media. "Cuidado, se abre la puerta. No tenemos que perder la pista de ese coche. Ponga en marcha el motor en cuanto ese señor haga lo mismo". Ella veía la sonrisa socarrona del hombre del volante. El vigilado entró en su coche, arrancó veloz. Tras él salió disparado su auto. Ella se sujetó fuertemente al apoya-brazos. Cruzaron las barreras del paso a nivel, entraron por la avenida del Libertador, dejaron atrás Palermo, entraron por Alvear, doblaron por Callao, siguieron hasta Cangallo, entraron por ella. Antes de llegar a Rodríguez Peña el coche perseguido entró en el garage de un edificio de departamentos. "Siga" —dijo ella. "¿A dónde vamos ahora?" —preguntó el hombre. Se encontró, de golpe, tan confusa, que no atinaba a dar una respuesta. "A mi casa" —dijo. Bueno. Eso ya estaba. Pero de aquí en adelante, ¿cómo se conducía una investigación de este género? ¿Qué tendría que

disponer para mañana? ¿Qué órdenes le daría a este hombre? ¿Volvería a la casa de Jorge Suárez por la noche? ¿Mónica no saldría? Comprendió que su experiencia era nula y que era necesario hablar con alguien entendido. Pero ¿quién? ¿Quién? Tal vez la vieja Marcelle, tal vez Coquito Montes, tal vez la propia Mabel con quien había estado en el teatro hacía un par de meses y que era tan gentil. Sin decir, por supuesto, de quién se trataba. Pero... ¿si desconfiara Mabel? Al estar ausente Jorge, podría llegar a suponer que se trataba de la mujer de éste y podría descubrirla en algún momento, sin contar con que ponía en sus manos un arma poderosa. No, no era el camino. Mabel quedaba rechazada para una consulta. Coquito, tan amable, pudiera ser... Marcelle estaba fuera de training. Y fuera de toda relación ya con los Suárez, con quien fuera que frecuentase ahora el estudio. Marcelle podía ser la salvación. ¿O Coquito? Llegaron. El hombre preguntó: —"¿A qué hora la vengo a buscar mañana?". —"Yo lo llamaré". "¿Me permite, señora? Tomé el número del coche que seguimos. Creo que le facilitará mucho las cosas". Muy secamente, tal vez demasiado secamente, ella había dicho "gracias" y "hasta mañana". Verdaderamente, qué idiota era. Era lo primero que debió haber hecho: tomar nota de ese número. Eso facilitaba toda la pesquisa. Se odió por incapaz, por infeliz, por haber aceptado semejante misión que no iba a poder cumplir bien. Una cosa era elegir regalos, tratar a esas mujeres, solucionar los problemas de sus jefes y otra muy distinta meterse a agente 007, dependiendo de un chauffeur contratado...

Hoy entré en la Joyería de... Sin duda deben saber que ya no trabajo más en el estudio de Suárez y Fisher. Eran tan amables. En cuanto me veían, volaban hacia mí. Sobre todo el señor Marcos. Hoy, el señor Marcos continuó leyendo el diario, después de hacerme un ceremonial saludo con la cabeza, desde lejos. No fue igual. Pedí ver unos aros. Me llevaron dos modelos, muy sencillos, como si supieran que ya no estaba yo encargada de elegir las joyas para Fisher o Suárez. Me puse nerviosa. Decididamente, yo misma les estaba demostrando que estaba fuera de caja. Me fui. Llamé a Coquito para ir a tomar el té con ella, para combinar un día, como me dijo tantas veces, en que podamos charlar largamente, ir al teatro, cenar. Me dijo que estaba tan pero tan ocupada que le iba a ser imposible por dos semanas ocuparse de nada que no fuera los ensayos y el teatro. Bueno. Antes me parece que solía hacer algún pequeño sacrificio. Teníamos tantas cosas de qué hablar. Me contaba qué le gustaría tener, qué iban a comprarse, qué esperaba que le regalaran.

Qué sonrisa cuando al bajar le dijo: —"Véngame a buscar a las cinco de la tarde". Ganó tiempo. Tenía que hacer algo. Demasiado avivado el tipo. Sabía el número de la casa de Suárez, sabía el número del coche que habían seguido, el domicilio del tipo. Estuvo hecha una idiota. ¿Cómo no pensó en todas las complicaciones que este asunto podía llegar a tener? Se ponían en las manos de ese tipo, de esa empresa. Sí, gente sería había sido siempre, pero ¿no conocían personas que habían sido muy respetables hasta que algo las tentó y delinquie-

ron? Ella tenía la obligación de defender a Jorge. Toda una noche por delante, pero ya sabía que no podría afrontar sola este problema que le había dejado el Dr. Suárez. Gloria había estado en mil líos. Recurriría a Gloria. Todavía le parecía oír su voz, primero tan amable, luego un poco nerviosa, finalmente disculpándose porque el marido, porque el hijo, porque tenía gente, porque la empleada, por favor en otro momento, lo lamento tanto, si supiera, "llámeme cualquier día de estos, después que volvamos de las vacaciones de Carlo...". Muy bien: haría las cosas por su cuenta, como pudiera, a lo que saliera. Llamó a Mónica, "sólo por el gusto de saludarla". "No, no sabía que Jorge había salido de viaje...". "¿Los nenes?". "Estaban en casa de mamá, dijo Mónica, porque tengo tantas cosas que hacer, peluquería dentro de un rato, un almuerzo, un té... ¿Cuándo vendría por casa?". Mientras Mónica hablaba, ella pensaba que era la única voz sin sobresaltos, la única de las mujeres que conocía que estaba siempre igual. Tuvo una pena por ella y por Jorge. "Bueno, sería hasta pronto". Peluquería. Ella sabía a dónde iba. De modo que el plan surgió casi repentinamente: la peluquería. Seguiría a Mónica, sin el coche alquilado y del imprudente y socarrón hombre del volante. Y después...

Hacía tiempo que no iba por la boutique de Rose Marie. Está preciosa. Ha hecho dos vidrieras encantadoras. No sabía que ya no estaba trabajando en el estudio. Me senté, mientras atendía a algunas clientas. Fumamos un cigarrillo. Le pregunté por la señora de X... Tenía siempre un anecdotario tan gracioso... No, hacía tiempo que no la veía. ¿Y la señora de R? Sí,

había estado, como siempre, apuradísima, eligiéndose tres vestidos franceses. Me dispuse a esperar que me contara cómo marchaban las aventuras absurdas de la señora de R. ¡Habíamos reído tanto con ellas! Pero Rose-Marie estaba distraída, seguramente preocupada por asuntos del negocio, o personales. Mientras atendía a una nueva clienta, calculé lo que había gastado en esa boutique. A través de diez años, millares y millares de pesos. Hasta había comprado dos o tres vestidos para mí misma. Allí habían tenido cuenta abierta Marcelle, Coquito, Gloria, la señora de M, la chica hija del contador, Mabel, la esposa de Fisher, la esposa del viejo Dr. Suárez... Sin exagerar, yo creo que de alguna manera nosotros promocionamos ese negocio, lo llevamos a lo que es ahora. Le dije a Rose Marie que volvería pronto y no sé si quiera si me oyó pues estaba ocupada. Me saludó con la mano, como pidiéndome disculpas. Me pregunto si la memoria puede traicionarnos, si es capaz de alterar algunas imágenes que conservamos. No recuerdo a Rose Marie sino como una persona muy conversadora, risueña y amable, que me distinguía con un casi afecto tan cálido. Me confiaba los secretos de sus clientes, me tenía al tanto de lo que le ocurría a una y a otra... Me parece que ha cambiado conmigo, como si yo le hubiese hecho algo, o como si entre la última visita y la de ayer hubieran pasado años. Tengo una rara sensación: yo tenía amistades, las frecuentaba, me llamaban por teléfono, salíamos, conversábamos, reímos, me llevé a sentir un poco el paño de lágrimas de muchas de ellas, pero no sé qué ha pasado.

Mónica salió de la peluquería. Dejó su coche en la esquina. Subió a un taxi. Ella tomó otro, detrás del suyo. Una vuelta, otra, enfiló por Cangallo, descendió. Le dijo al taxista: "Deténgase en la esquina". Pagó, caminó lentamente, se metió en un bar y esperó. Sería ridículo, absurdo, pero no confiaba en nadie. Las doce del día. Comería un sandwich, bebería un jugo de pomelo, fumaría un cigarrillo y leería el diario. Desde su lugar de observación vería perfectamente su salida, la de Julio Bedoya, o la de los dos en el coche de éste. Esto iba a ser así. Pero... ¿después? ¿Le diría a Jorge la verdad? Tendría que decírsela. "Tengamos calma" — se decía mientras intentaba leer. "Me encarga una misión de cuyos resultados depende su felicidad, la de Mónica, la de los chicos. El la adora. Es increíble que Mónica lo engañe, pero... ¿Por qué tengo que ser yo la que se lo diga? ¿Y si no descubriera nada? Supongamos que todo hubieran sido suposiciones de Jorge. Chismes. Anónimos. Malos amigos. Gente que hubiera querido hacerle daño. Todos los días ocurren cosas así. El era apuesto, joven, rico, amaba a su mujer. Mónica tenía apenas veinte años... "Si ella le hablará". A medida que pasaron las horas, que leyó el diario una y otra vez, que comió tres sandwiches, bebió dos refrescos y un café, aquella decisión fue creciendo, afirmándose, ocupando todo su pensamiento. Ella no iba a decirle a Jorge la verdad. De ninguna manera. La señorita Miraldi haría algunas cosas que la gente podría catalogar bajo un nombre no muy agradable —ya se lo habían dicho— pero no era capaz de eso... Mónica y Bedoya salieron. Ella pagó. Se fue. Eran las seis de la tarde.

Ayer fui al teatro. Coquito estuvo estupenda. Graciosa, simpática, cantó, bailó, hizo imitaciones, bajó a la platea, se detuvo a mi lado, me reconoció pero muy discretamente no lo demostró. La ovacionaron. Más desnuda no puede salir, pero tiene un cuerpo estupendo. Otras veces pasé a saludarla. Me encanta el teatro, la vida en los camarines, ver pintarse a las artistas, cambiarse de ropa, vivir atropelladamente, como si el mundo se hubiese achicado de golpe y todo tuviera que ser dicho vertiginosamente antes de un cataclismo final. Entré por el túnel, pasé. El portero me conoce, el avisador también. Golpee en su camarín. "Adelante" —dijo. Su voz era alegre. Abrí. Me miró sorprendida. Luego, sin dejar de sacarse el maquillaje: "Oh, Corina, cuánto lo siento... Tengo que salir volando. Viniste en un momento tan poco oportuno..." —"No tuve tiempo de traerte unas flores —le dije— para celebrar tu éxito. Estas espléndida". Siquió desmaquillándose: —"Corina, no gastes en flores, por favor. No gastes tu dinero, quiero decirte. Antes era otra cosa... Entendés." Empezó a entrar gente: el director, el ayudante, el avisador, dos chicas del coro, el gordo. Todos hablaban a la vez. Coquito reía mientras una de las chicas le decía algo al oído. Cada vez más cerca de la puerta del camarín, hice algo que nunca hubiera imaginado que podría llegar a hacer un día. Abrí la puerta, salí al pasillo de camarines, corrí hasta el túnel y no paré hasta llegar a Corrientes. Caminé. Me metí en un bar lácteo. Pedí arroz con leche, que es lo que más detesto y a medida que iba tragando empecé a sentir que me corrían las lágrimas por la cara. Nunca más iría a ver a Coquito. Nunca más. ¿Cómo podía hacerme eso a

mí, que siempre había tenido atenciones y gentilezas con ella?

Sí, recordaba la mañana de aquel domingo, cuando se presentó en la casa de Jorge Suárez y preguntó por Mónica. Eran las 11 de la mañana, Mónica dormía profundamente. Una de las empleadas fue a anunciar su visita y la urgencia con que necesitaba verla. "Que suba" —dijeron— y subió a la planta alta. Mónica se había sentado en la amplia cama matrimonial, la larga cabellera atada con una cinta celeste. Parecía una criatura. "Qué pasa? Le ha ocurrido algo a Jorge? Qué pasa, por favor". Casi lloraba. Se sentó a su lado, le tomó una mano, le besó el rostro como a una criatura, calmándola. "Nada, nada, pero tiene que escucharme". Se lo dijo todo. Mónica se echó, boca arriba. Se tapó el rostro con las manos. Bruscamente, mientras ella daba detalles, horas, número del coche, Mónica se dio vuelta y se puso a llorar con grandes sollozos. Bueno. Ya estaba. Ella no podía decirle la verdad a Jorge. No la diría. Con una condición: Mónica tenía que cortar sus relaciones con aquel hombre. No podía echar por la ventana la felicidad de su casa, el futuro de sus hijos. Juraba no decir lo que sabía. ¿Juraba ella lo que le estaba pidiendo? Mónica juró. La abrazó. Le dio las gracias. Le dijo que ni su propia madre hubiera sido capaz de su gesto, le pidió perdón. De modo que quedó bien claro: había ido con ella, con la señorita Miraldi a la peluquería, habían almorcado en el centro y habían ido a ver una película. ¿Qué película? Ya: "Un hombre y una mujer". Ella ya la había visto con Jorge. Les había encantado. Precisamente por eso había querido que la señorita Mi-

raldi la viese. Así que cuando regresó Jorge, la señorita Miraldi le había contado cómo Mónica, aburrida, la había llamado, cómo Mónica, tristísima, sin los nenes, le había dedicado todo el sábado y el domingo. En el lujoso y alfombrado despacho de Jorge Suárez se había hecho un gran silencio, espeso, profundo. Jorge había hecho girar su sillón de cuero negro hasta quedar de espaldas a ella, como recortado contra la luz de la ventana. Sus manos habían subido hasta su rostro, lo habían sostenido, cubrieron sin duda sus ojos. Al cabo de unos minutos volvió a girar el sillón. Jorge tenía los ojos llenos de lágrimas. Se puso de pie, fue hasta ella, la abrazó, lloró sobre su hombro: —"Gracias, gracias. No sabe cuánto le agradezco su comprensión y qué vergüenza tengo por lo que hice. Me tienen loco a llamadas telefónicas, me escriben anónimos. Mónica es mi vida. Si hubiera sido capaz de engañarme yo no tendría ya deseos de vivir..."

Hace un mes que no escribo nada en mi diario. Lo detesto. Lo odio. Treinta días de soledad absoluta, en que no he hablado más que con el portero, con los mozos que me sirven en el restaurante, pidiendo el boleto a un colectivero, comprando una entrada de cine. Todos desconocidos, todos sin importárseme nada, sin importarles tampoco yo a ellos. ¿Y qué es lo que me importa? ¿Quién? ¿Quiénes? Yo me sentí cerca de muchos, vivía con ellos, compartía cosas, sorpresas, emociones, disgustos y a veces lágrimas con ellos. Transitaba en un mundo que había hecho mío. Yo sabía tantas cosas de tanta gente. Me querían, me necesitaban, tenía abiertas ante mí mil puertas mágicas. Podía pasar por todas ellas. Detrás estaba la gente Yo vivía sus pro-

blemos, reía con ella, la ayudaba. Si me pongo a pensar en cuantas invitaciones tuve entonces, mi tristeza aumenta ahora. Al cine, al teatro, a comer en un restaurante de Belgrano, al cumpleaños de los nenes de Jorge, a pasear con la señora de Fisher. Yo me hice querer. Estoy segura. No era para ellos la empleada del estudio. Me querían por mí misma. Por lo que yo hacía. Por lo que los ayudaba. Tengo que volver al estudio. Tienen que aceptarme. Mi vida así no tiene objeto. Qué error más grave el que cometí. Debo prepararme para hablar con ellos. Debo estar contenta, feliz, tienen que rogarme, tienen que suplicarme... Me recibirán, como siempre, muy contentos. Diré al pasar que no sé cómo llenar mi tiempo... Diré que los extraño, que ellos son mi familia... Y sonreiré, porque la gente que lleva problemas a los demás nunca logra lo que se propone. Voy a la peluquería, me haré maquillar... Tienen que decir "Señorita Miraldi, vuelva, por favor..."

—Señorita Miraldi, nos parece mentira que pueda sentirse contenta sin nosotros.

—Señorita Miraldi, cada día la echamos más de menos.

—Señorita Miraldi, parece adivina. Precisamente le estaba diciendo a Jorge que hoy mismo iba a llamarla por teléfono.

—Reintégrese al estudio mañana mismo. Le aumentaremos el sueldo, arreglaremos el asunto de la planilla, figurará como "free-lance"...

—Mañana mismo tendrá que ocuparse de un pequeño conflicto que se me ha creado. Cuento con usted.

—Hay gente inteligente y capaz en el estudio, pero como usted...

Ella sonreía dulcemente. Estaba en el gran despacho de Jorge, conversando con el señor Fisher, que la invitaba con un cigarrillo de esos que se anuncian diciendo "llevé su chequera". Jorge y Mónica estaban en Europa. Sí, hacía ya veinte días que habían partido. Con los chicos, claro. Ella sintió un nuevo desplazamiento de su persona, una suerte de empujón brutal que la echaba mucho más allá de la puerta, del estudio, del edificio. "Sí, les habían dado varias despedidas. La gente del estudio también".

Fumó despacio, tratando de que su mano se mantuviera firme, de que el maquillaje permaneciese terso. Y el señor Fisher hablaba, llamaba a la nueva secretaria, contestaba una llamada telefónica. "Ahora, ahora tendrá que decírmelo". Su cigarrillo se apagó. Lo colocó en el cenicero y miró al señor Fisher, cuya mirada vagaba distraída, cuyos dedos tamborileaban con gesto impaciente sobre el cristal del escritorio. Sí, conocía ese gesto de impaciencia. ¿Le ocurriría algo? ¿Algún conflicto, como los de antes? Y si le dijera "déjelo en mis manos, yo lo arreglaré..." Pero el señor Fisher consultaba nerviosamente su reloj. Se puso de pie.

—Señorita Miraldi, tendrá que perdonarme, pero estoy ocupadísimo. Ha sido un placer recibir su visita y no sabe cuánto me alegra verla tan descansada y buena moza.

Ella también se puso de pie. ¿Y si dijera "quiero quedarme?"

Volvió la nueva secretaria. Una linda chica con minifalda y dorados y largos cabellos.

—Señor Fisher, me gustaría tanto...

La secretaria la miró. Tenía una luminosa mirada, una piel tostada y fresca. Ella sería, tal

vez, en adelante, la que aprendiera todo lo que ella aprendió...

—Señor Fisher, no imagina qué difícil se me hace llenar tanto tiempo libre...

La mano del señor Fisher se posó, cálida, sobre su hombro. Luego lo golpeó suavemente varias veces, como cuando se tranquiliza a los niños.

—Señorita Miraldi, la vida es hermosa. Usted es joven aún... Disfrute el descanso tan bien ganado.

Ella permanecía inmóvil, sin atreverse a dar un paso. Si ella volviera, cómo llamaría por teléfono a Coquito, a Gloria, a Marcelle, cómo se detendría a conversar con Rose-Marie, cómo sabría recuperar su paraíso perdido... La voz del señor Fisher era ahora más impaciente. Cualquiera podría pensar que estaba ansioso porque ella saliera de su vista.

—Cualquier día de estos —intentaba decirle— conversaremos largamente y...

—Cuando usted quiera, pero llémemelo por teléfono primero. O llame, mejor, a la señorita Graciela...

Entonces extendió su mano, se despidió, dedicó su mejor sonrisa a esta bellísima criatura, Graciela, caminó erguida hasta la puerta, la cerró tras ella, conversó alegremente con los antiguos compañeros, "cómo no", "cualquier día de estos", "conversaremos", "combinaremos un día para salir todos juntos".

Y ahora, la calle.

Le latían las sienes, le dolía el corazón, o la boca del estómago, el plexo, no sabía qué, pero era un gran dolor extendido y punzante a la vez que tocaba todas las zonas de su cuerpo.

La calle le pareció extraña, la gente fea y grosera; creyó advertir unos avisos luminosos que nunca había visto antes. Los colectivos y los ómnibus pasaban veloces y completos. Extranjera y solitaria en mitad de una calle, en una ciudad desconocida, en un mundo desconocido. Dudó que todos aquellos seres hablasen su mismo idioma. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía aquí, ridícula y maquillada, para nada, para nadie?

Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar dónde vivía. Las mil puertas mágicas se le habían cerrado en las narices. Sólo estaba ésta: la de su departamento. La única que poseería, de aquí en adelante. Abrió. Penetró en su departamento. Recostó su cuerpo contra la puerta y se puso a llorar, silenciosamente. Desterrada, asumiendo la definitiva convicción de que empezaba para ella un exilio sin retorno.

el experimento

—Perkins —dijo Fabius.

—¿Doctor?

—Tengo la esperanza de que haya recapacitado.

—Efectivamente, doctor.

—Entonces... ¿se queda?

—No, doctor. Me marcho. Mi tren sale dentro de quince minutos. Tengo el tiempo justo para llegar hasta la estación.

Hubo un estrépito. Las paredes del gran pabellón A temblaron. Hasta la habitación donde estaban de pie los dos hombres llegaron naufragadas oleadas. Perkins se llevó el pañuelo a la nariz. Gruesas gotas de sudor aparecieron en su frente y las manos le temblaron.

—Es más de lo que un hombre puede resistir —dijo Perkins, con la voz temblorosa. —Usted tiene que comprenderlo.

La compostura del doctor Fabius estalló en una cólera violenta.

—¡Márchese! —rugió. —¡No quiero verlo nunca más en mi vida! Nunca pensé que usted, Perkins, fuera igual que Prentiss y que Dolaia. Es tan traidor y cobarde como ellos, como lo fueron antes Ty, Angelus y Brunello. Tome su maldito dinero.

Con mano nerviosa se apoderó de unos billetes que estaban sobre la mesa.

—Tome.

Perkins miró fijamente los billetes y luego, los ojos de Fabius.

—Doctor... ¿usted estuvo ya allí... esta mañana?

El doctor Fabius volvió a soltar los billetes. Tomó una pinza, abrió el cajón superior de su escritorio, manejó hábilmente la pinza hasta levantar un sobre y luego, con el mismo delicado instrumento, metió los billetes en el sobre y lo alcanzó, al extremo de la herramienta pulida y brillante, a Perkins, quien lo recibió con la punta de los dedos. Sacó un papel transparente, muchas veces doblado, del bolsillo de su chaqueta, lo extendió y colocó allí el sobre, envolviéndolo luego cuidadosamente.

Fabius se dejó caer en una silla y apoyó su cabeza sobre el escritorio. Sollozó violentamente, sin lágrimas, sin encontrar las palabras que quería decir.

Perkins se inclinó sobre su maleta, la recogió, dudó un instante, casi estiró su mano, pero se contuvo.

—Adiós —dijo.

Enfiló rápidamente hacia la puerta.

Silenciosamente el doctor Fabius se había puesto de pie, había caminado tras de él. Perkins sintió un medallón frío que se apoyaba en su nuca y quedó paralizado de terror. El doctor Fabius lanzó una carcajada estridente y murmuró entre dientes:

—Creías que podías abandonarme, ¿verdad?
¡No me conoces, Perkins!

—Doc... tor... —dijo sin volverse Perkins.

—¡Vas a morir como un perro! Morir. Te enterraras? ¡Morir!

Perkins quiso volverse, levantar su maleta, defenderse, hablar, pero se dobló suavemente, como una alfombra, y cayó sobre los pies del doctor Fabius. Un hilo de sangre corría por su nuca y muy delicadamente se metía, como queriendo disimular su recorrido, por entre la seda del cuello de la camisa de Perkins.

El doctor Fabius contempló un momento, serio y concentrado, a Perkins, muerto. Lo movió con el pie.

—Vamos, la broma ha terminado —ordenó. Levántate.

Perkins no podía ya responder a ninguna orden.

Fabius se inclinó sobre el cadáver y parpadeó, sorprendido.

—Muerto —dijo. —¡Imbécil! Ya ves como de todas maneras has tenido que quedarte. Más te hubiera convenido quedarte vivo. ¡Imbéciles! ¡Todos! ¡Todos!

En la habitación desordenada, llena de polvo y de telas de araña, con las puertas y ventanas herméticamente cerradas, el ventilador funcionaba y producía un pequeño chirrido.

El doctor Fabius metió la pistola en su bolsillo y quedó silencioso contemplando aquella incomprendible insistencia de Perkins en permanecer ya ajeno a todos sus problemas. De pronto, chillidos lejanos, aullidos, acompañados por una pestífera oleada que atravesó las puertas y ventanas de la habitación, lo sacó de sus cavilaciones.

—Tienen hambre —pensó. —Tengo que calmarlas. Son capaces de derribar las paredes. Son capaces de cualquier cosa cuando se ponen así.

Buscó una careta anti-gas, se la colocó, calzó sus guantes de goma, cargó dificultosamente el cuerpo de Perkins echándolo sobre su hombro izquierdo y abrió la puerta. El penetrante y nau-seabundo olor lo envolvió. Los chillidos le taladraron los oídos y le erizaron la piel.

—Pero tienen a Perkins —se dijo el doctor Fabius.

Caminó en la oscuridad densa. Sus pasos, sobre la tierra reseca, resonaron vacilantes. Cada vez más cerca del infernal ruido, de aquellos horrorizantes chillidos lanzados por desconocidos animales, por centenares, tal vez por millares de ellos, el doctor Fabius sentía que el cuerpo de Perkins se iba haciendo más y más pesado sobre su hombro.

—Maldito sea, mil veces maldito, él y todos los que me abandonaron —pensaba, furioso.

Caminó hasta el pabellón A. En la noche se erguía aquel cuadrado de cemento, sin ventanas, sin puertas. Inmenso, con sus altos "ojos de buey" cada cinco metros. Resonaban allí dentro, en un curioso y horrible mensaje nunca escuchado antes por el hombre ni por ningún otro ser viviente, ni por la tierra ni las rocas ni los mares, aquellas suertes de rugidos furiosos. Sudoroso, el doctor Fabius trepó a la escalera que daba al primer "ojo de buey", cargando siempre el cadáver de Perkins. Ascendió penosamente los cinco metros. Luego dejó enganchado el cuerpo en los garfios de la escalera y se dispuso a manipular la tapa del "ojo de buey" para dejar libre ese espacio. Quitó los enormes tornillos, forcejeó tenazmente y por fin levantó la pesada tapa, haciéndola a un lado. Nadie hubiera po-

dido resistir la pestilencia que surgió, espesa, de allí.

—Malditas —gritó enfurecido Fabius.

Se dispuso a izar hasta allí a Perkins, pero lo aturdían aquellos chillidos infernales.

—Tendré que encender las luces —pensó.

Dio vuelta a la llave gigantesca que había al lado del ojo de buey. Se hizo de golpe un gran silencio.

El doctor Fabius irguió trabajosamente el cuerpo de Perkins, lo colocó en el ojo de buey, luchó para enderezarlo y lo hizo resbalar por una especie de embudo gigantesco que empezaba allí. Sintió resbalar el cuerpo.

Entonces las paredes parecieron temblar. Aquellas desconocidas criaturas rugieron, corrieron, saltaron.

El doctor Fabius apagó las luces y empezó a colocar otra vez la tapa del ojo de buey en su sitio. Descendió sudoroso, temblando, por la larga escalera.

—¡Buen provecho, malditas, malditas —gritó en la noche.

Y se dirigió apresuradamente hacia su habitación.

Abrió la puerta, la cerró tras él y comenzó a despajarse de su careta anti-gas, de sus guantes. Los arrojó lejos, mientras el ventilador echó violentamente sobre su rostro el nauseabundo olor que lo ahogó, sofocándole y haciéndolo doblar hacia adelante. Vomitó larga y penosamente.

—Señora Gloria, por favor, podría decírnos desde qué fecha no tiene noticias de su marido?

—Señora... ¿cuando usted se separó de su marido, hablaron de divorciarse?

—¿Corrieron los trámites en algún otro estado o fuera del país?

—¿Es verdad que piensa casarse nuevamente?

—¿De qué manera solucionaron la parte económica de su matrimonio?

La rubia esplendorosa y llena de curvas que cruzaba las piernas y sonreía con su vacía sonrisa resplandeciente, parecía marchitarse y ajararse ante los flashes reiterados y las preguntas de los reporteros. Estaba preocupada por su maquillaje y sospechaba que su fatiga, su hartazgo de todo y su persistente anemia afloraban bajo la gruesa capa de su pankake. No respondía a cada pregunta y trataba de resumir todo cuanto por fuerza tuviera que conceder a la prensa, de acuerdo con las instrucciones de Jeromul, su abogado.

—No he tenido ninguna comunicación con mi marido desde hace tres años. El divorcio está tramitándose en México y mi abogado espera obtenerlo muy pronto. Voy a casarme con "Pitty" Delmar en cuanto las leyes lo permitan. He cedido a mi marido medio millón de dólares. Eso es todo.

Jeromul la tomó del brazo delgado, dorado por un fino polvo con tintes ocre y la apartó del grupo. Cuando abandonaron el aeropuerto y subieron al coche, Gloria se dejó caer, agitada, con la respiración entrecortada, en el asiento trasero.

—Estoy muerta —dijo. Muerta. Créemelo. No hay un cadáver que necesite un certificado de defunción tanto como yo.

—No seas macabra —dijo Jeromul.

—Estoy deseando llegar a casa —suspiró Gloria.

Y miró a los ojos a Jeromul.

—Estás seguro de todo... ¿todo ha sido cambiado, de acuerdo a lo convenido?

—Todo. Puedes estar tranquila. Archibaldo es un buen arquitecto. Te sorprenderás.

El auto enfiló, veloz, por una amplia avenida. Dobló, volvió a doblar, fue dejando atrás el abigarrado centro comercial de la ciudad, salió a una apacible colina, la trepó. Gloria observaba el panorama familiar, pacífico, luminoso.

—El hogar —dijo Jeromul.

—Sí —suspiró Gloria, que estaba pensando en Pitty: sí, me gustaría que lo fuera. ¡Lo necesito tanto, Jeromul! Tú no sabes cómo.

Jeromul la miró y advirtió, debajo de la sonrisa temblorosa, el rictus de un llanto que iba invadiéndola lentamente, como una pequeña y suave ola que muere y sigue penetrando en la arena, lamiendo la playa desnuda y abierta. Temió que Gloria cayese en uno de sus habituales ataques histéricos y empezó un cuento risueño. De pronto, en un recodo del camino surgió el parque.

—Mira —dijo, interrumpiendo su historia— tu parque.

Gloria miró atentamente.

—Sí, está igual.

—Sólo el parque —afirmó Jeromul. Todo lo demás es distinto.

El auto recorrió unos centenares de metros y se detuvo frente a la vieja residencia de los Arpil.

—Vamos —dijo gentilmente Jeromul cuando descendió y extendió la mano hacia la delgada y rubia compañera de viaje.

—Espera, por favor —suplicó ella. Creo que voy a descomponerme.

Presuroso, él tironeó del cuerpo semi desmayado y lo sacó del coche.

—¡Gama! —llamó estentóreamente.

Del gran portal virginiano salió Gama, la inmensa criada negra de los Arpil.

—¡Mi niña, mi pobre criatura! —exclamó acongojada.

Entre Jeromul y Gama transportaron a Gloria, pálida detrás de su descompuesto maquillaje, hasta el interior de la casa. Los suaves palo de rosa y diáfanos celestes del gran living pusieron una extraña fosforecencia en su mirada sin fuerzas.

—Aquí empezó todo —musitó Gloria.

"Aquí mismo —pensó Gloria— en este living, que era entonces tan distinto. Recuerdo sus colgaduras azules, tan oscuras que solían parecerme negras. El alto artesonado caoba y el adamascado papel rojo de las paredes. Papá conversaba con un joven de pantalones de franela y zapatos marrones. Tenía el cabello castaño que le caía sobre la frente, rebelde y despeinado. Usaba anteojos y cuando me miró, vi que tenía ojos castaños, vivos, centelleantes, penetrantes. Los ojos de mirada más aguda que vi nunca.

—Mi hija —dijo papá. Este es el joven que ha egresado de San Honorio con medalla de

oro. Se dedicará a la investigación en un Laboratorio que voy a instalarle aquí.

La sonrisa que el hombre me dedicó me produjo una extraña sensación. Una sonrisa tan clara, tan agradable, tan tierna, que descubría una boca casi infantil, pura, suave. Tuve la sensación de un beso aterciopelado, cálido, que me llegaba desde lejos. Así era él cuando lo conocí. Tan joven, tan puro, tan radiantemente atractivo. Nos enamoramos en seguida. —Mi pobre niña —murmuró sobre el rostro de Gloria la voz suave de Gama.

Gloria recorrió con mirada perezosa, pesada, las paredes del cuarto donde se hallaba ahora. Todo era nuevo. Sólo la ventana era la misma. Suavamente las hojas de su árbol acariciaban los cristales. Una profunda paz comenzó a invadirla. Cerró los ojos y entró en el sueño.

—Quiéreme, quiéreme —decía él. La abrumaba de besos, de ardientes caricias. Tienes que ser mía.

Pero no había posibilidad de que lo fuera. El no era un hombre completo y lo sabía. No habían valido los tratamientos. La vida lo enfrentaba ahora con una mujer, la suya, a la cual amaba apasionadamente, pero tampoco esta experiencia extraía de él la savia vital. Entonces enloquecía, desvariaba, amenazaba. El podía darle amor, la exteriorización; ;el acto final le estaba negado.

Furioso, demoníaco, quería suplir ese terrible vacío brindándole a su mujer y al mundo una demostración cabal de su inteligencia. El hom-

bre más talentoso, eso era lo que él quería ser. Aquel laboratorio fue su campo de batalla para vengarse de una frustración física. El podía logarlo todo: crearlo todo. Crear como crea un macho: con torrentes calientes, tumultuosos, sólo que sin su lecho sensible, aterciopelado, sin su cauce natural. Esperma —espuma— al viento, abarcándolo todo, sin llegar a su último y natural destino.

—Mira este corazón latiendo. Hace treinta días que se lo he extraído a un perro.

Gloria lo contemplaba horrorizada.

—Yo puedo lo que nadie puede —gritaba él.

Y manipulaba corazones, desarrollaba cán-
ceres en animalejos de mirada triste, hacia ex-
trañas operaciones.

Una noche dijo, triunfante:

—He hallado una fórmula para transformar el futuro del mundo.

Abrazaba locamente a Gloria.

—Pongo el mundo a tus pies, amor mío.

Pero las palabras y los abrazos resbalaban sobre la ya airada decepción de Gloria. Aquí, el exaltado territorio de la fantasía, de la alquimia alocada. Afuera el aire era puro, la gente era normal, las mujeres eran amadas por sus maridos, tenían hijos, esperaban. Ella no esperaba nada.

—Mira, ven a ver, Gloria —exclamaba él.

La acercó a la inmensa jaula donde seis ratas gordas y malolientes se replegaron enseñando los colmillos.

—No —suplicó ella— no, no puedo verlas. Me dan asco.

Pero él le tomaba la cara, la obligaba a mirar.

—No —suplicó ella— no, no puedo verlas. Me dan asco.

—¡Míralas, míralas!

No podía mirarlas sin que le subiera desde el estómago una náusea incontenible.

—No —suplicaba sudorosa, sintiendo que podría llegar hasta el desmayo.

El se agitaba, la obligaba, la exigía, la acercaba a la jaula, a los repugnantes animales que chillaban.

—Las verás relucientes y enormes, cuando les aplique mi G. I. Wac-907. Crecerán, crecerán de una manera increíble... Y cuando ellas crezcan y adquieran el tamaño de una oveja, o tal vez de un caballo, habré empezado la creación de un mundo insospechado. ¿Imaginas una raza superior, enorme, viviendo en una naturaleza también desarrollada con la aplicación de mi G. I. Wac 907 A.?

Gloria se desmayó.

Al día siguiente quiso abandonarlo, pero él no escuchó razones.

—Nunca —le dijo. Nunca te irás de mi lado. Y si me dejas, te perseguiré. Te aplicaré una inyección para dominar tus nervios. Cuando estés más tranquila, resolverás otra cosa.

No, no podría abandonarlo.

—Esta es mi manera de amarte —decía él. Te brindo criaturas que nunca ha conocido el hombre hasta ahora. Hechas por mi amor, para tí.

Las abominables criaturas crecían, crecían. Ya tenían el tamaño de un perro, ya el de una oveja... Y crecían implacable y firmemente, día a día.

Las espantables criaturas se multiplicaban. Se apareaban, furiosamente. Luchaban entre sí,

quien sabe por qué. Parían enormes seres que se independizaban rápidamente de sus enfurecidas madres, para practicar su propia e intransferible furia.

—¿Sabes cuántas hay? —preguntaba gozoso él, en mitad del desayuno.

Gloria se apretaba el estómago como queriendo detener la ola revulsiva que empezaba a formársele, buscando ya un cauce de salida.

—¡Veinte! He levantado un pabellón en mitad del bosque.

Y luego, la decisión rápida. La formación del equipo de investigadores, la compra de la Colina Negra, el trabajo incesante de centenares de hombres levantando aquellos edificios horroso-sos, aquella casa en que tendrían que vivir todos. Y ella. Sin criadas. Solamente hombres para realizar todos los trabajos. El viaje. La mudanza de los horribles animales para instalarlos en sus celdas de cemento.

Y el horrible experimento. Y el olor expandiéndose. A toda hora, mientras el día nacía, crecía, moría; cuando llovía, cuando el calor se volvía sofocante y oprimente, el aire alimentaba aquel olor.

—No —dijo Gloria un día —me marchó.

Sentía que estaba a punto de enloquecer. El cerró las puertas de su cuarto, preparó una inyección, le sonrió con su penetrante mirada y le dijo:

—Nunca. No saldrás de aquí sin esta inyección. Vas a crecer como crecen mis ratas. Vas a ser una criatura gigantesca. No podrás escapar.

Gloria sufrió una crisis nerviosa. Cuando despertó, él sonreía.

—¿Qué me has hecho? —suplicaba ella.

—Nada —sonreía él. —Todavía nada.

Pero Gloria desconfiaba. Miraba cuidadosamente su antiguo y descolorido rostro en el espejo, medía su cintura, marcaba su altura en la pared. Y siempre aquel olor y aquella náusea que le hacía rechazar los alimentos.

—Hasta que un día —le había contado Gloria a Jeromul —todos estaban en el laboratorio. Rompi los vidrios de la ventana del dormitorio, siempre herméticamente cerrada, descendí por una sábana hasta el césped. Y caminé locamente hasta los lindes del bosque. Allí me detuvo el río. Me lancé al agua y habría muerto si, milagrosamente, no hubiera aparecido el yate de Albassis. Un marinero me salvó la vida.

—¿Y allí conociste a Pitty Delmar?

—Sí. Albassis y su mujer lo habían invitado. Acababa de ganar el campeonato de polo para equipo.

—¿Es... inteligente?

Gloria había quedado pensativa.

—Espero que no —dijo convencida. —No quiero que sea inteligente. Tal como es, fuerte, sano, un hombre normal que necesita dormir y comer mucho, así me gusta.

Pitty era hermoso y tonto, pero le había hecho el amor sin palabras, sin promesas. No le había exigido nada. No le había preguntado nada. Ella no conocía de él, más que su fama. El, ni siquiera eso acerca de ella. Ignoraba que fuese una heredera, ignoraba el turbio drama de su matrimonio, su odisea con el doctor Fabius. Le gustó, la tomó. Y aquella naturalidad de un acto que a Gloria le había causado horror, la había liberado.

—Físicamente —aclaró ella a Jeromul. —Sólo físicamente, porque mentalmente yo estaba desequilibrada. Llena de temores, de inhibiciones, de rechazos. Mis noches eran insomnes. Sólo los barbitúricos me permitían un descanso. Y un acostumbramiento. Y después las drogas más fuertes. Pitty quería ayudarme. Y yo quería hacer lo que él me decía, pero era imposible. Así que cuando me internaron, creí que nunca más lo iba a ver, pero fue el único amigo que se hizo cargo de mí. Y un día me dijo: —Si eres capaz de curarte, nos casaremos.

Habían pasado tres años. Y ahora, en el hogar, durmiendo casi plácidamente, estaba Gloria, que había sido dada de alta en el sanatorio después de una cura de desintoxicación. Yacía encogida, tapándose los ojos con una mano. La boca, sin pintura, desvalida, patéticamente desnuda, se cerraba en su rictus temeroso. En los estratos de su sueño, un enorme animal caminaba, enseñando los colmillos, hacia ella. Tras pasaba todas las capas, subía, se acercaba, se acercaba. Gloria lanzó un agudo chillido; y sudorosa, jadeante, se sentó en la cama, sin atinar a encender la luz.

Rápida llegó Gama a tomarla en sus brazos y acunarla como a una niña. Curada pero con sus nervios deshechos. Gloria no pudo ya conciliar el sueño y lloró con sollozos infantiles, sin lágrimas, sobre el negro hombro de Gama, hasta que la luz del día penetró en el amplio y hermoso cuarto.

El doctor Fabius estaba solo, insomne también él.

Verificaba una vez más que casi no quedaban alimentos. El café se había terminado. Sólo podía usar té y lo bebía profusamente, a toda hora. La heladera se había descompuesto y las pocas bebidas gaseosas que quedaban estaban calientes. En el laboratorio, los refrigeradores estaban destinados solamente a productos químicos.

En mitad de la noche, su imaginación volaba a increíbles alturas. Había construído un mundo en el cual se movían seres que los hombres no conocían. El velaba por esos seres.

Lejanos sonaban los chillidos.

—¡Gritad, gritad, malditas! —rugía el doctor Fabius.

Hubiera querido quedarse allí, echado sobre el canapé, mientras alguien —Perkins, Brunello, Ty o Angelus— se hacía cargo de "ellas".

No tenía fuerzas.

—Pero tengo que ir —se dijo—. Tengo que ir.

Leía un viejo periódico, el último que Perkins había traído del pueblo. "Los hombres de ciencia afirman que han logrado la fertilización en un tubo de pruebas 40 veces y que en una ocasión mantuveron vivo el óvulo por espacio de 20 días".

El doctor Fabius sonrió.

Siguió leyendo, interesado.

"El doctor Daniele Petrucci, un experto en fertilidad humana que encabeza el equipo de científicos de Bolonia, Italia, es católico. El óvulo que vivió 29 días, se deformó y agrandó; una monstruosidad. Petrucci lo destruyó".

El doctor Fabius subrayó "una monstruosidad" y se restregó las manos.

—¡Idiota —dijo airado— idiota!

El tenía "sus monstruosidades" ahí no más. Cualquier día de estos, el mundo y Petrucci y todos los estudiosos y los científicos y los que soñaran con algo que no fuera esta deleznable arquitectura débil y enfermiza, enclenque y sometida a todos los reveses, saludarían su conquista, la más formidable.

No era el óvulo monstruoso. Era el ser ya creado, modificado, aumentado. Fabius rió complacido. El lo había descubierto. Sólo él tenía aquel secreto.

Aullidos salvajes llegaban ahora y sacaban a Fabius de su especulación científica. Un ataque de ira lo dejó pálido y convulso.

—No van a imponerme la condición que yo mismo les he otorgado —se dijo.

Abandonó el diario que había estado leyendo una y otra vez, una y otra vez. Intentó taparse los oídos con las manos, pero los aullidos herían cada uno de sus nervios y eso le provocabía un agudo y ardiente dolor. Deseó, de pronto, un silencio absoluto, un sueño plácido. Tuvo sed de una bebida agradable y fresca, de un aire limpio y sin olor. Recordó la playa de su infancia, las olas que le acariciaban traviesamente los pies, cielos con blancas nubes como copos, los ojos azules de Gloria cuando le sonrieron la primera vez. Añoró de golpe algo que había tenido y que, voluntariamente, había rechazado, alejado. Y le subió un gusto amargo, bilioso, que lo enfureció.

—¡Las pondré en libertad! —se dijo. —Que vivan en un mundo que les pondrá vallas y que triunfe el más fuerte.

Sin careta anti-gas, sin guantes de goma, abrió la puerta y salió a la noche. En el Laboratorio,

en ese preciso instante, hubo un estrépito que que llenó la noche de sonidos cristalinos.

—Los tubos —pensó Fabius.

Y corrió hacia allí, encendiendo las luces cuyas llaves estaban fuera del edificio. En seguida vio lo que había ocurrido. Allí estaban "sus" criaturas en las primeras etapas de su experimento, antes de pasarlas por el túnel que había hecho construir, hasta los pabellones definitivos. Allí crecían desmesuradamente, se hacían adultas las pequeñas ratas de prueba. Fabius las había olvidado mientras ellas, su cuerpo, su apetito, su ferocidad, crecían y crecían. Habían roto las jaulas, habían derribado las mesas, las vitrinas y estaban allí, en busca de la libertad. Fabius intentó ahuyentárlas, pero los animales lo atacaron a dentelles.

El hombre cayó y se levantó, gritando, defendiéndose. Corrió hacia uno de los pabellones, trepó a la escalera. Detrás de él, el negro y aullante ejército, pesada pero implacablemente, empezó a trepar por la escalera, peldaño a peldaño, mientras Fabius lanzaba al aire su grito inútil y sin destino. En un instante comprendió su error: había huído hacia la boca de alimentación de uno de los pabellones y allí no había salida para él. O caía bajo los atacantes, que ya olisqueaban sus pies, o se dejaba resbalar por el embudo hacia las fauces hambrientas de las otras bestias.

Como el que se ahoga envuelto en olas sonoras, sintió sus oídos cerrársele de golpe y vio, vertiginosa y fielmente, una puerta de calle, un buzón, el rostro de una pequeña condiscípula, la mano blanda de su madre doblando el embozo

de su cama, un pote lleno de dulce de frambuesa. Cerró los ojos.

Las bestias siguieron subiendo hasta alcanzarlo, ya sin voz, sin resistencia, sin vida.

—Sí —dijo Alcron— éste homenaje al doctor Fabius y a sus compañeros, muertos mientras luchaban por una conquista más en el mundo maravilloso de la ciencia...

Pasos rápidos lo sacaron de su deseo de aprender de memoria una frases sentidas cuando se le colocara la placa recordatoria en el Laboratorio de la Universidad un par de horas más tarde.

—¿Qué ocurre? —dijo el sabio Alcron, quitándose los anteojos.

—Están pasando por radio una curiosa noticia.

Le alcanzó el ayudante su radio a transistores y ambos escucharon la voz alterada del informativista que leía a la nación un comunicado.

—“En la Colina Negra, a ochenta kilómetros de los bosques de Boombury, se ha producido una pavorosa invasión de unos extraños y temibles animales cuya alzada supera la de un caballo. Devoran cuanto encuentran a su paso. Se calcula que miles de estos nunca vistos animales se acercan peligrosamente a la zona poblada de la aldea de Destin, la más cercana a los bosques. Los habitantes huyen despavoridos y en estos momentos, tanques de guerra, aviones y helicópteros vuelan sobre los feroces animales tratando de ultimarlos”.

Alcron dio vuelta la pequeña rueda del receptor.

—¿Qué hacemos, doctor Alcron? —preguntó ayudante.

—Disponga todo lo necesario para enviar nuestro mejor equipo de estudiosos —ordenó.

—¿Usted vendrá con nosotros?

—Lo siento. Tengo que pronunciar una oración fúnebre en el homenaje que le rendiremos a un compañero que sacrificó su vida en aras de la ciencia.

mar dorado y recuerdos

Por las amplias ventanas entraba una luz opulenta, maciza, un poco incómoda, que se dejaba caer pesadamente sobre butacas y divanes, sobre los cuadros a los cuales quitaba su propia luminosidad y los volvía uniformes, oscuros, sin objeto; casi con la misma inoportunidad que una mirada curiosa y poco cordial, dejaba al descubierto los pequeños remiendos de las fundas floreadas con que se tapaba el antiguo uso de los tapices originales que le habían dado prestigio a la sala de las muchachas de Alsina.

El mantón de Manila con que se cubría el piano de media cola aparecía bajo aquella luz matronil aguda e inquisidora, descolorido y gastado, con sus flecos amarillentos y endurecidos. Debajo del espejo con su azogue manchado —manchado como un viejo y bien conservado cutis femenino— la consola de mármol lucía resplandeciente, como lo único que podía permanecer incólume bajo el peso insolente del sol.

Dafnis y Cloe eternizaban su beso en un yeso que hacía mucho había dejado de ser blanco y que ahora, violentamente rodeado por la luz, mostraba las decididas resquebrajaduras de un amor que no era tan perfecto e indestructible como cantaran los poetas.

Desde la cocina llegaba, rico, pesado, oloroso, el tufillo de la comida que Ana preparaba.

—Ponele vino blanco —dijo desde el baño Rosario, mientras se miraba al espejo por décima vez la última arruga que se había descubierto ese día.

—Estate tranquila —respondió, calmosa, la voz de Ana.

Se inclinó sobre la olla de cobre y revolvió cuidadosamente sobre la salsa sabrosa.

—¿Te parece que va a alcanzar, Ana? —preguntó Rosario.

—Ocupate de lo tuyo, que hoy hay mucho que hacer.

—Mirá que somos como diez, si es que no falta alguna.

—Va a alcanzar para todas.

—¿Para repetir también?

Ana se impacientó ligeramente.

—Todas no podrán repetir. Y no olvides que después de los sesenta nadie necesita comer mucho. Algunas ya bordeamos los setenta...

Rosario olvidó su arruga. Caminó hasta la cocina. Se inclinó sobre la olla en la cual cocinaba su hermana. Miró. Metió la cuchara de madera y revolvió: aparecieron las hojas de laurel, los hongos gordezuelos, las alcaparras morenas, el picado multicolor de verdes, rojos, anaranjados y amarillos ingredientes.

—¿Te convencés, porfiada? —interrogó Ana.

—Para un plato y gracias —afirmó su hermana, alterada e impaciente.

Ana movió su cabeza de un lado al otro.

—María Luisa no quiere aumentar de peso. Te digo que alcanzará perfectamente para todas.

Rosario no se convenció.

—¿Sabés lo que voy a hacer?

Y sin aguardar respuesta, siguió hablando como para ella misma:

—Le diré a Petra que traiga más jamón y agrandaré la ensalada.

—¿Por qué no dejás todo en mis manos? Ocupate de arreglar el comedor.

—¡Claro! Y cuando hagamos el gran pape-lón, voy a explicarles a las muchachas que la culpa fue tuya, ¿no?

Nerviosamente abandonó la cocina.

Ana siguió pacientemente su tarea, cantando bajito un aire de zarzuela.

Mientras cantaba, miraba hervir aquel pequeño mar dorado y apetitoso dentro de la pesada olla de cobre.

"Un mar dorado. Un mar con color de vaquillona joven. El sol cabrilleaba, juguetón sobre las pequeñas olas. Margarita la llevaba de la mano y ella, temerosa, se echaba hacia atrás, tironeaba de aquella firme mano que sostenía la suya, pequeña y nerviosa.

—Ah, no, nena, no. Tenés que entrar al agua.

—Le tengo miedo al mar.

—No es mar. Es un río.

—Es mar. Papá me lo dijo.

—Tu papá se equivocó. Es un río.

Ella había quedado un instante insegura. Margarita apoyó sus blancas zapatillas de goma en el escalón de madera.

—Vamos, nena. Mirá que si no, el botero se va a enojar...

Ella vio al hombre oscuro y musculoso, al gigante de camiseta rayada que remaba incesan-

temente su bote de un extremo al otro de la playa. No, no, era preferible aventurarse a entrar en el mar...

Todavía podía sentir en sus piernas la sensación fría, las mil pequeñas picaduras heladas que la traspasaban. Sus pies se negaban a repetir la operación.

—Un escalón más —ordenaba Margarita—. Hay que bajar un escalón más.

Se hubiera echado a llorar, pero le daba vergüenza que la vieran llorar allí, mientras otras chiquillas como ella habían descendido ya al agua y chapoteaban alegremente, riendo, invitándola con la mirada a que cumpliera la misma inmensa hazaña.

Margarita soltó su mano. Bajó tres escalones más. Ya estaba con el agua hasta la cintura.

—Muy bien —dijo la voz fría y terminante de Margarita— si no querés bañarte, quedate ahí. Yo me bañaré sola.

La vio hundirse en el agua,emerger una y otra vez,bracear alejándose de ella.

Su corazón latió angustiado. Hubiera querido hacer mil promesas: se portaría siempre bien, todos los días tomaría la sopa, no se metería el dedo en la nariz, dormiría con la luz apagada, no jugaría con Herminia y Mariela... Su corazón decía angustiado: "Oh, no me dejes, Margarita. Me moriré sin ti. No quiero vivir sin ti".

Pero Margarita braceaba cada vez más lejos, más lejos. Sintió un oscuro terror. Gritó, temblorosa:

—¡Margarita!

Margarita no la oyó.

Ella no podía perder a Margarita. Se aferró a la cuerda, único pasamano de la escalera que descendía de las casillas de madera de la playa Ramírez. Intentó descender un escalón más. Y fue en ese preciso instante que una señora muy gorda que descendía tras ella, tropezó y la empujó. Ella no pudo sostenerse en aquel flexible pasamano y casi sin darse cuenta cayó al agua.

Entre el pasamano y la escalera pasó veloz. Pero dos, diez, veinte manos la sacaron del agua. Aterrorizada, con la boca abierta, vomitando agua y gritos, buscaba con la mirada a Margarita, que nadaba cada vez más lejos, ignorando su sacrificio, su peligro de muerte.

Ana pensaba: —Y es mi cumpleaños! ¡Margarita no me quiere! No le importa que yo muera. Ojalá me muera, ojalá me muera ahora mismo, para que vuelva a casa sola y mamá se enoje con ella para siempre y la eche...“

—¡Vamos, nena, no te vas a poner a llorar— venís a la playa a llorarl...

Ana enmudeció. Tragó sus lágrimas y se quedó allí, cerca de los escalones. El agua le llegaba al cuello. Muy bien. Se ahogaría. Cuando nadie la mirara, seguro que podría ahogarse. Total no le faltaba casi nada. Y si ella moría, Margarita no podría casarse el mes que viene. Y mamá la echaría. Y tendría que trabajar en otra casa, quién sabe con qué chiquilinas mal educadas... Nadie más querría a Margarita como ella. Como ella la había querido, porque ahora no la quería más. Nunca más.

Contempló las piernas desnudas y los pies calzados con zapatillas de goma blanca que subían y bajaban por la mojada escalera. Vio cómo

algunos chicos se zambullían cerca de ella y levantaban espuma a su alrededor. "Mejor. Mejor. así me ahogaré más pronto".

Pero no se ahogaba. Y la sensación de estar en el agua era cada vez más plecentera, más cálida. Le había parecido que no podría resistir el frío. Comenzó a mover los brazos. Intentó ponérse en puntas de pie.

—¿Sabés hacer la plancha? —dijo una chica apenas poco mayor que ella.

—No.

—Mirá —dijo la muchachita.

Se estiró sobre el agua, boca arriba.

—Hay que ponerse blanda, como si el agua te pudiera llevar para cualquier lado. Blanda pero firme ¿entendés?

El sol le hacía truncir todo el rostro. Le faltaban los dientes delanteros. ¿O le estaban saliendo?

"Tengo que morir: moriré haciendo la plancha", se dijo.

Se puso floja, resignada. Y flotó sobre el agua. Mirando hacia el cielo, esperó la muerte.

Pero no llegaba más que una extraña sensación de alegría. ¡Caramba, ella podía hacer esto!

Sus miradas comenzaron a recorrer la rambla de madera, los carritos de los bañistas sobre la arena. Se dejó mecer. Cerró los ojos. Fue entonces cuando oyó la voz angustiada de Margarita.

—¡Ana! ¿Qué estás haciendo? ..

Abrió los ojos al sentirse sacada de su cómoda posición.

—Pudiste haberte ahogado, criatura!

—No —dijo Ana orgullosamente— no podía ahogarme. Estaba haciendo la plancha.

Margarita la contempló con asombro.

—Vamos —dijo— que se hace tarde.

—No —dijo Ana— quiero quedarme más.

—De ninguna manera. Ya te has dado un baño muy largo.

—Yo me quedo —insistió Ana.

—Tú te vienes conmigo.

—No —repitió Ana—. Todavía no. Quiero quedarme otro rato.

Margarita la tomó de la mano. Ana encogió la suya. Nunca más querría a Margarita. Nunca más podría olvidar este día en que había querido morir. Margarita se había alejado sin volver la cabeza. Ella también podía alejarse, aunque la llevara de la mano, como ahora. Y ni siquiera necesitaba su mano.

Se soltó. Se acercó a la escalera. Se agarró a los escalones, se prendió del pasamano traidor, flexible y húmedo.

—Quiero subir sola —dijo.

Ana suspiró mientras probaba el gusto de la salsa.

—Ahí comencé a conocer a la gente —dijo en voz baja— porque las decepciones nos permiten descubrir muchas cosas. Y eso que acababa de cumplir seis años.

Rosario estaba a su lado.

—¿Qué decís?

—Nada.

—Estabas hablando sola, entonces.

- Estaría cantando bajito.
- Sí, seguramente la ópera que escuchamos la semana pasada en el Sodre.
- ¿Y por qué no? Oído tengo bastante, creo.
- Porque no te escuchás.
- Entonces pensá cualquier cosa, pero no estaba hablando sola.

Rosario se encogió de hombros.

—Qué tranquilidad la tuya —dijo con despecho—. Falta una hora para que lleguen las muchachas y estás ahí sin moverte y cantando. Petra ya traje más jamón. Ah... empecé el último queso de bola, el de Holanda, para el postre. ¿Te parece bien?

Ana, sumergida en sus recuerdos, no respondió.

Siguió revolviendo paciente y firmemente el oloroso y pequeño mar dorado de la olla.

el gallo de las muchachas guglianone

—Juancito —llamó Carlota.

—Está en la cocina —respondió Gaudencio.

—No —dijo Gorgonio— estaba en el cuarto de las muchachas.

—¿Otra vez en el cuarto? —preguntó alarmada Teresa. —Entonces, está enfermo.

—O tiene sueño —afirmó Gaudencio, que dejó el diario sobre la mesa y se quitó los anteojos. Echó su aliento repetidas veces sobre los cristales y luego los limpió cuidadosamente, una y otra vez, con su perfumado pañuelo de hilo.

Sonó el timbre de la puerta de calle.

—De la confitería —dijo Gaudencio. Yo me ocuparé de eso.

Fue caminando penosamente hasta la puerta cancel, levantó con cuidado la pesada cortina de etamina y encaje y vio al hombre de siempre con la gran bandeja; el pedido de todos los domingos, para el almuerzo y el té familiares.

Abrió. El hombre avanzó.

—Buenos días, don Gaudencio. El pedido.

—Buenos días, Liberto. ¿Está todo? ¿Seguro?

—Eh, hace treinta años que traigo lo mismo...

¡Como para equivocarme!

Gaudencio empezó a revisar los paquetes.

—Los merengues, las masas, los huevos quimbos, las yemas, los caramelos rellenos y las empanadas. Está todo.

Liberto extendió la boleta para que Gaudencio firmara.

—Gracias —dijo Gaudencio.

Y alargó un billete de un peso junto con la boleta.

—Hasta el domingo, don Gaudencio.

—Hasta el domingo, Liberto.

Sosteniendo la gran bandeja con una mano, dijo desde la cancel la frase que siempre terminaba con la de Liberto.

—Mañana sin falta pase a...

....retirar la bandeja —terminó a dúo Liberto. —Saludos a las señoritas.

Gaudencio abrió la cancel, pasó, la cerró y tomó con ambas manos la bandeja. Esa era su única y cuidadosa tarea de los domingos. Abrir cada paquete. Colocar cada cosa en su sitio. Las masas en la fuente redonda, los merengues en la heladera, las yemas en el gran frasco de cristal de Suecia, los huevos quimbos en la fuente honda, las empanadas en la asadera. Una tarea que consistía en varias operaciones siempre iguales, siempre delicadas, que él cumplía con la misma atenciosa parsimonia con que preparaba las recetas en la farmacia. Estudió detenidamente el tamaño de las yemas. "Cada vez las hacen más chicas", pensó. "Con razón Magdalena dice que prefiere las de Minas". Probó una, la paladeó, la dejó deshacer en su boca, la masticó con discriminado sentido del gusto. "Chicas pero buenas" —fue el dictamen final.

—¿Estás sordo? —escuchó que decía Teresa a su lado.

Gaudencio se ponía de mal humor cuando alguien le recordaba que estaba cada día más duro de oído.

—No estoy sordo. Lo que pasa es que estoy ocupado. No puedo prestar atención a todo.

—Andá a ver a Juancito. Yo creo que está muy mal.

—¿Lo vio Gorgonio?

—Lo vio, pero sabés que se pone nervioso. Juancito no se deja tocar por él.

Poniendo cuidadosamente lo que tenía en las manos sobre la mesa, Gaudencio inició la marcha, lenta, hasta el cuarto de las muchachas.

—Apurate, hombre —apremió su hermana.

—No puedo —se disculpó Gaudencio —me duelen los pies más que nunca.

Teresa no caminaba mucho más rápidamente que él, porque tenía los pies planos y sus gruesos zapatos con tacos de goma no le daban la agilidad que hubiera deseado, pero era más nerviosa y creía que se movía vertiginosamente.

El cuarto estaba en penumbras. Sobre la mesa de noche que separaba las dos camas de bronce, una vela iluminaba la imagen de la virgen de Lourdes.

La voz de Carlota llegó desde un rincón.

—No enciendan la luz, que a Juancito no le gusta.

Y en seguida la misma voz se hizo tierna, acariciadora:

—Vamos, Juancito, vamos, ya dormiste bastante. ¿Qué tenés, Juancito? A ver, dígale a Carlota qué tiene!

Escucharon atentamente. Sólo un silencio leve respondía. Teresa y Gaudencio avanzaron con cuidadoso paso.

—A mí me pareció extraño que hoy no esperara a Liberto. El conoce cuando es domingo y sabe la hora en que llegan los paquetes de "El Telégrafo". Por algo no se movió. A ver, Juancito... ¿qué le pasa? ¿Qué le duele?

Se inclinaron cerca de la mesa de luz. Instalado en su cama estaba, echado, Juancito, el hermoso gallo de las de Guglianone. Indiferente a las voces enternecedas que le dirigían.

La mano de Gaudencia acarició el plumaje brillante y multicolor de Juancito, llegó hasta su cola. Luego volvió a su cresta.

—Puede ser que tenga la cresta pálida. Antes de llamar a Bilbao tenemos que examinarlo.

Encendieron la luz de una veladora. El gallo se movió, un poco incómodo.

—Está enfermo —dijo Gaudencio.

Las dos hermanas, angustiadas, se inclinaron sobre el animal.

—Sí —dijeron al unísono— tiene la cresta pálida.

Carlota fue la primera en recomponerse. Se irguió. Decidida, dijo: —"Voy a llamar al doctor Bilbao".

Mientras sus pasos se alejaban en dirección al teléfono, Gaudencio y Teresa siguieron acariciando tiernamente al gallo.

—Sí —explicó Bilbao— el gallo de las Guglianone tiene las horas contadas. Pero lo voy a ir a ver. Ya se los había advertido: no se puede tener un animal haciendo la misma vida que un ser humano.

—¿No podés hacer nada por Juancito, papá? —preguntó, afligida, Rosalba.

Bilbao acarició los cabellos de su hija. La niña lo miró angustiada.

—¿No puede seguir viviendo, papá?

—No —dijo Bilbao. Está condenado.

Mientras golpeaba su pipa contra el escritorio, pensó en aquel pollito raquíctico que les había regalado a las muchachas Guglianone un día en que ellas visitaron su chacra en Las Piedras.

—Pobrecito —había dicho una de ellas— necesita calor.

Lo había cobijado en su seno generoso.

—Llévenselo, si quieren. No creo que pueda vivir mucho —dijo él.

Lo llevaron. El pollito encontró calor en las manos de los cinco hermanos Guglianone, solterones y aburridos. Pasaba de unas manos a otras, de unas a otras faldas. Para cuidarlo mejor, las dos muchachas decidieron hacerle una pequeña cama y colocarla entre las dos de ellas, en su cuarto. Por la noche, cuando el pollito piaba, extrañando quién sabe qué, ellas dramatizaban el pío-pío lastimero: —“Pobrecito, pensará en su madre o en sus hermanos. Sufrirá. Algo tiene que dolerle”.

El pollito se acostumbró a mirarlas. A seguirlas. Cuando ellas iban hasta la cocina, él piaba desesperado tras las faldas negras. Allí también le dedicaron su rincón y una silla. Primero lo dejaban sobre el gastado almohadón de terciopelo azul. Después aprendió a treparse solo. Al atardecer, la cama de Juancito lo esperaba en el cuarto de las muchachas. Entonces, los cinco hermanos comenzaban a andar en puntillas por la vieja casona. “Juancito está durmiendo. No le gusta que lo despierten”.

Cuando entraban Teresa y Carlota a su cuarto, ya para acostarse, lo hacían cuidadosamente. A veces, la conversación que sostenían se hacía murmullo leve. "¿Qué?" —preguntaba una. "Chist —suplicaba la otra— que Juancito se pone nervioso". El pollito levantaba de pronto la cabeza, miraba hacia un lado y hacia otro con sus ojillos redondos. "Nos está reprochando que no lo dejemos dormir tranquilo" —decía Teresa. Y Carlota le sonreía al animal, como pidiéndole disculpas. Apagaban la luz y se dormían.

Muy temprano, el pío-pío que se empinaba hacia el quiriquíquí todavía inseguro y tembloroso, las despertaba. "Juancito tiene hambre" —decía Teresa.

Y se lanzaban de la cama.

—Como una madre que cuidara a su botija —decía Bilbao.

Rosalba no se cansaba de escuchar la fascinante historia del gallo de las Guglianone.

Bilbao contempló la mirada curiosa y viva de su hija.

Sí, Teresa y Carlota amaron al pollo como a un niño. El pollo creció, sin abandonar nunca la casona de la calle Uruguayana. Paseaba por los patios de baldosas brillantes. Había aprendido a hacer sus necesidades en el cuarto de baño de servicio. Picoteaba entusiasmado y goloso los merengues y ciertas masas con crema. Conocía a cada uno de los Guglianone por su nombre. Cuando Teresa decía: —"Juancito, ve a buscar a Gorgonio", el gallito con el cuello erguido y su cresta juvenil enrojecida se dirigía hacia donde estaba Gorgonio y picoteaba el diario, si es que lo estaba leyendo.

Cuando Carlota decía: "Juancito, ahí llega Gaudencio", el animal, con sus grandes pasos majestuosos, parecía saltar de alegría. También esperaba todas las tardes, a las cinco en punto, echado sobre el felpudo de la puerta cancel, la llegada de Abelardo, el mayor de los hermanos.

—Igual que un perro —decían las hermanas Guglianone. El conoce los pasos de cada uno de nosotros y nos aguarda, porque sabe que siempre le traemos alguna golosina.

Rosalba preguntaba siempre lo mismo.

—Papá, ¿todos los gallos son golosos como Juancito?

—No, querida, no. Juancito es un gallo único. Un gallo criado entre gente, que no conoce a sus congéneres.

Bilbao sonrió ante el recuerdo de la única aventura que pudo haber tenido Juancito.

—Sabe, Bilbao, pasa algo extraño con el gallo —le dijo una vez Gorgonio, llevándolo aparte y hablándole con acento misterioso.

—Yo lo encuentro perfectamente —afirmó Bilbao.

—Sí, pero... les arrastra el ala a mis hermanas.

Gorgonio miró hacia el patio donde Teresa y Carlota charlaban animadamente con unas primas que estaban de visita.

—Sí, Bilbao, sí. Desde hace varios días, Juancito va a la cocina detrás de ellas y despliega su cola y hace el arrastre que usted sabe, ¿no? En fin, se comporta como si mis hermanas fuesen gallinas... Les hace el amor, en una palabra. Ellas se ríen y eso las divierte, pero yo me pregunto cómo es posible que un animal, un gallo, haga eso con la gente... ¿Usted no cree que

tendríamos que ponerlo en contacto con algunas gallinas?

Bilbao trataba de escucharlo seriamente, pero pensaba en lo divertido que hubiera sido contar en el café la tarea de buscar contactos gallináceos para Juancito.

—¿No podríamos llevar a Juancito a su chacra un día de éstos? —preguntó Gorgonio.

—¡Cómo no! El domingo. Los invito para un asadito. ¿Qué les parece?

Gorgonio había aceptado. Y así, aquel primer domingo, en un viejo coche de los Albrois —los pacientes millonarios— que manejaba Abelardo, los cinco hermanos habían llegado hasta la chacra, con Juancito ubicado en su gran cesto acolchado y cálido.

—A lo mejor reconoce el lugar donde nació —decía Carlota, eufórica y esperanzada.

—¿Estás loca, muchacha? —respondió Teresa. ¿Cómo se va a acordar, si el pobrecito tenía un par de semanas cuando lo llevamos?

Gorgonio llevó la gran cesta hasta el gallinero.

—¿No lo picarán los otros gallos? —preguntó Gaudencio.

—Ahí están las gallinas solas —dijo Bilbao.

—Entonces lo suelto, nomás —dijo, todavía indeciso, Gorgonio.

Se inclinó sobre el hermoso animal, que miraba curiosamente, con un temblor nervioso en el cuerpo, todo cuanto lo rodeaba.

—Arriba, Juancito —le dijo cariñosamente.

Pero el gallo no se movió.

—Vamos, Juancito —insistió Gorgonio— mirá que te están esperando.

El gallo pareció acomodarse mejor en su cesta forrada con terciopelo.

—¿No querés jugar con estas señoritas que te están esperando? —preguntó Gorgonio.

Entonces lo tomó, lo sacó de la cesta y lo dejó, parado, frente al portón enrejado, para que mirara el plantel de gallinas que picoteaban, distraídas, del otro lado.

El gallo pareció no mirar hacia el gallinero. Se volvió, en cambio, hacia Gorgonio.

—Pero ¿qué te pasa, Juancito? Tenés que entrar ahí. Te están esperando.

Abelardo y Gaudencio se acercaron. Unieron sus voces a la de Gorgonio.

—Pero miralas siquiera —ordenaba Abelardo.

—No hay que ser tan brusco —apuntó Gaudencio. Y afinó la voz para decir, casi en una media lengua infantil: “¿Te-né miedo, Juancito?”

—A mí me parece —dijo Abelardo— que hay que meterlo en el gallinero y santas pascuas.

—¿Le parece, Bilbao?

—Háganlo —había dicho Bilbao.

Los tres hombres, los tres de cabeza blanca y lento andar, se ocuparon de pasar a Juancito al gallinero. Cerraron tras él el portón enrejado. Pero el gallo no dio el frente a las gallinas. Hubo entre éstas una ligera inquietud. Se movieron, se replegaron, piaron. Luego, comenzaron a picotear cerca de Juancito, que no las miraba, atento a lo que pasaba de este otro lado del gallinero, mirando a sus amigos.

—¿Y? —preguntó Teresa desde lejos.

—Es muy tímido —contestó Gaudencio.

Las dos muchachas se acercaron. El gallo a su vez se puso más cerca del portón enrejado. Las miraba.

—Parecería que quisiera decirnos algo —dijo Carlota.

Indiferentes a la hermosura de Juancito, como pagando con la misma moneda la actitud de éste, que las ignoraba, las gallinas ignoraron también su presencia. Muy cerca de él, las más atrevidas iniciaban un volido corto, sin coquetería y picoteaban cerca de una de sus patas. El gallo no se movía. Miraba a los Guglianone.

—¿Ni las miró, papá? —preguntaba Rosalba.

—Ni una sola vez —respondió Bilbao.

Le parecía ver todavía el extraño espectáculo. Juancito, atento sólo a sus protectores, produciendo aquel singular ruido con la garganta, mientras miraba fijamente a cada uno de los Guglianone. Un ruido que no era siempre el mismo. Una suerte de voz, con algunos matices. Así pasó una hora. Entonces Gaudencio tomó una actitud heroica. Sin decir nada, abrió el portón y dijo: —“Vení, Juancito”.

El gallo lo siguió. Caminó tras él. A su alrededor, los Guglianone y Bilbao formaron un círculo. El gallo se dirigió primero a Teresa, después a Carlota y les arrastró el ala. Luego, con un temblor eléctrico en el cuerpo, sacudió las alas, fue hasta su cesta y se metió en ella. No se movió hasta que lo llevaron de vuelta a su casa. Entonces, en cuanto atravesó el zaguán y la puerta cancel, pareció volverse loco. Caminaba, volaba, extendía las alas. Lanzó su primer quiriquí estentóreo, mayor de edad, en una afirmación viril, potente.

—Qué curioso —pensó Bilbao. —Porque fue como si Juancito hubiera alcanzado en ese momento su madurez sexual, como si acabara de descubrir su función específica: la de ser, por sobre todas las cosas, GALLO. Pero fue solamente en la voz que descubrió ese lado viril,

porque nunca más, ni el día que fue llevado a la chacra ni ningún otro día, necesitó una gallina. Le alcanzó con hacer el amor, platónicamente, a las muchachas de Guglianone.

—Contame, papá, no seas malo —suplicaba Rosalba.

—Oh, hay tanto para contar acerca de Juancito... pero ahora tengo que ir hasta lo de Guglianone. El gallo está enfermo y tendré que atenderlo.

—Bueno, papá.

Bilbao preparó su valija. La niña se empinó sobre la punta de los pies para darle un beso.

—¿Vas a hacer todo lo posible por salvarlo, verdad, papá?

Teresa cabeceaba. La vencía el sueño, pero no quería entregarse en esa lucha. Estaba angustiada por Juancito. Ella y Carlota habían sobrellevado las bromas de todos los vecinos, de todos los conocidos, de todos los parientes. Veía a Juancito en sus primeros paseos por la cuadra, cuando Gorgonio había traído para él aquella finísima tira de piel blanca, curtida, suave, flexible, y había colocado en la cabeza y en el cuello del gallo algo parecido al pretal de un perro.

—El hombre no entendía —protestó Gorgonio.
—Cuando le dije que era para sacar a pasear un gallo, me largó la carcajada. ¡Qué tipo más bruto!

—¿Juancito podrá soportar esto?

—Le enseñaremos a que lo haga.

Pacientemente, varias veces durante el día, Gorgonio intentaba colocar el delicado tejido de cuero blanco sobre la cabeza y el cuello de Juancito. Finalmente, un día, el gallo había inclinado su cabeza, como diciendo: "Bueno, ya que se empeñan..."

—Tal como si hablara —dijo Abelardo.

Todo el barrio se alborotó cuando vio a Gorgonio llevando de paseo al hermoso gallo. Cuando el gallo, curioso, se detenía, Gorgonio también.

—Como un perrito, mamá —dijo un botija que pasaba.

Todos se detenían para mirar el extraño espectáculo.

Sin miedo a la gente que lo contemplaba, Juancito hacía su paseo, airoso, soberbio. Algunos botijas intentaban acariciarlo. Entonces, como buscando protección para que no lo molestasen, el animal se colocaba entre las piernas de Gorgonio.

—Adiós, Juancito.

—¿De paseo, eh?

—¿Saliste a tomar sol?

—¿Estás contento, Juancito?

Todos le preguntaban algo. Pero esas preguntas y la cercanía de la gente no lo molestaba. Hacía su paseo, recorriendo primero la media cuadra hacia la izquierda que lo separaba de la esquina; luego, la cuadra entera, de regreso, hasta la otra esquina. Y finalmente, volvía hacia atrás una media cuadra, hasta entrar en su casa. Habitualmente, las muchachas Gugliano lo esperaban en el balcón. A veces, hasta en la puerta. Entonces Juancito demostraba su satisfacción, su regocijo; extendía sus alas, cuyas

plumas brillaban en la tarde de sol y lanzaba su estentóreo kirikiqui.

Teresa recordaba cómo, poco a poco, el barrio había aprendido a mirar a Juancito como algo familiar. Y cuando buscaba entre los brazos de cualquiera de las dos hermanas un lugar donde echarse, sobre el mármol del balcón, para contemplar, atento y curioso, lo que pasaba en la calle, ya casi ninguno se detenía a mirarlo. Al acercarse al balcón, sonreían a las muchachas de Guglianone y seguían de largo.

Teresa sonrió en la duerme-vela y dio un movimiento más rápido a su sillón de hamaca.

—¡Christ! —dijo Carlota.

—¿Duerme?

—No. Está muy inquieto.

Se echó a llorar silenciosamente.

La otra hermana se irguió. El leve ruido acompañado del sillón hamaca cesó. Habló con voz débil y angustiada.

—Habrá que darle la inyección.

—Yo no —sollozó Carlota.

—Que venga Bilbao otra vez.

—No, ya dijo que él no quería hacerlo. Tendrá que hacerlo Abelardo.

Apoyándose la una en la otra, las dos hermanas se acercaron a la cama de Juancito. El hermoso gallo estaba echado de lado. Sus patas se habían deformado con los años. Un temblor convulsivo las recorría. El animal hinchaba su pecho penosamente y sus ojillos velados miraban ya sin ver.

En el amanecer, la casa de los Guglianone estaba llena de pasos silenciosos.

—Llamá a Gorgonio —pidió Teresa.

—Andá tu —dijo Carlota. No quiero separarme de él ahora.

Teresa se dirigió hacia la puerta. Cuidadosamente la entreabrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Gorgonio.

—Está muy mal. Está sufriendo el pobrecito. Llamá a Abelardo.

Pero Abelardo y Gaudencio estaban sentados en el frío vestíbulo, al lado de la estufa eléctrica, encendida. Con sus viejas batas oscuras, levantadas hasta la bufanda que envolvía sus cuellos, sus zapatos de fieltro, parecían más pequeños, más viejos. Se pusieron de pie.

—¿Ha llegado el momento? —dijo Abelardo.

—Sí.

Los tres miraron a Abelardo.

—Bueno. Vamos, entonces.

Se pusieron en movimiento. Más lentos, más envejecidos, más agobiados. Todos penetraron en el cuarto de las muchachas. Los cinco hermanos se acercaron a Juancito.

Abelardo preparó la inyección. Las muchachas lloraban. Los otros dos hermanos acariciaron, primero uno, luego el otro, el cuerpo estremecido del gallo.

—¡Juancito! —dijo tiernamente Gorgonio.

—Déjenme —pidió Abelardo. Y dirigiéndose a las hermanas: —Ustedes no debían mirar esto.

En el cuarto apenas alumbrado por la débil luz del velador, los cinco Guglianone eran un móvil y lagrimeante friso negro. Abelardo se inclinó sobre el animal enfermo. Gigantesca se extendió su sombra, amenazadora, sobre la pared.

—¿Y? —dijo Carlota.

—Ya está —susurró casi Abelardo.

Los cinco se inclinaron sobre la agonía del gallo. Las patas del animal se sacudieron débilmente. El cuello pareció ablandarse de golpe. Sin moverse, fue como si se derrumbara. Y pareció, a pesar de sus hermosas plumas, de su colorido brillante sobre el que la luz del velador ponía reflejos dorados y rojos, que el gallo, tal como los Guglianone, se había empequeñecido. Era un animalito y nada más. Un pequeño animalito, insignificante, que casi no ocupaba sitio.

—¿Te acordás? —sollozó Teresa. —Así era cuando lo trajimos de la chacra de Bilbao.

Gaudencio sonó sus narices con fuerza. Abelardo se secó el sudor de la frente. Gorgonio acarició largo rato el plumaje.

—¿Dónde lo enterraremos?

—En la chacra de Bilbao. Lo podemos llevar mañana que es sábado.

Llorosas y lentas, las muchachas buscaron una toalla de hilo. Envolvieron al animal cuidadosamente y lo volvieron a poner en su cesto.

—Hay que llevarlo al patio. Aquí no sería conveniente dejarlo.

Diez manos se tendieron para levantar el cesto donde Juancito reposaba. Entonces, casi inconscientemente, retiraron una mano. Levantaron el cesto como si fuese un ataúd. Lo transportaron así, acongojados, hasta el último patio. En la madrugada, oscura todavía, las cabezas blancas de los cinco hermanos ponían una pálida, desmayada, triste claridad.

—Me acuerdo —dijo Carlota— cómo le gustaba que lo sacásemos al balcón.

Los cinco Guglianone comían en silencio. Nunca habían sido muy dicharacheros ni conversadores, pero la muerte del gallo los había sumido en un silencio lleno de recuerdos.

—¿Y su odio a los zapatos amarillos?

—¿Te acordás?

La pena pareció dejar su sitio a esa alegría con que se evocan las dotes hazañosas de los muertos queridos.

Todos contribuían con su testimonio, con su evocación.

—Me acuerdo que cuando entró Felipe, el muchacho aquel de la panadería de Don Félix, con sus flamantes zopatitos color zanahoria, Juancito se enfureció de golpe y le llevó una carga bárbara a los zapatos.

—¡Qué picotazos les daba!

—Le tuviste que dar cinco pesos. ¿Te acordás, Gorgonio?

—¿Y cuándo le tuvimos que pagar diez pesos a don Manuel Prego, el almacenero, porque le rompió las alpargatas?

—¡Y cómo le lastimó los pies!

Rieron.

—¿Querés un poco más de arroz? —preguntó Teresa.

Carlota se enjugaba una lágrima.

—Una vez —dijo Abelardo— le quise enseñar a agarrar el diario con el pico.

Quedó ensimismado, guardándose el resto del episodio para sí.

—¡Y cómo conocía a Liberto!

—El domingo a mediodía, como si pudiese mirar la hora en algún lado, ya se preparaba para recibirla.

—Para recibir los paquetes de "El Telégrafo"— corrigió Gaudencio.

—¡Cómo le gustaban los huevos quimbos!

—Más le gustaban los merengues.

Se oía el masticar de las dentaduras postizas de los cinco hermanos. Inclinados sobre sus respectivos platos, procuraban hacer lo de todos los días, lo mismo que habían hecho durante cuarenta años, alrededor de esa misma mesa, sentados en esas mismas sillas, bajo los caireles de cristal que bordeaban las doce pantallas de seda y encaje de la araña que pendía del techo, envuelta en tul —"para no tener que estar limpiándola todas las semanas"— gustando los mismos platos, servidos en esta misma vajilla de Limoges.

—¿Otra milanesa, Gorgonio?

No hubo respuesta y Teresa repitió su pregunta.

—No, no, gracias. No tengo apetito.

Carlota recordó de pronto algo.

—Una carta para ti, Gaudencio. Llegó esta mañana.

Extendió la mano, tanteando el sobre.

—No la dejaste ahí —apuntó su hermana.

—No tengo la cabeza para nada —se lamentó Carlota.

—Ahí, en el trinchante.

Carlota se levantó, tomó la carta y la pasó a su hermano.

—De Buenos Aires —dijo.

Gaudencio dejó los cubiertos. Se quitó los anteojos que tenía puestos, los colocó en un estuche que sacó del bolsillo. Tanteó en otro bolsillo y extrajo otro estuche.

—Debías usar bifocales —dijo Abelardo. Son más cómodos.

—Yo me entiendo bien con estos.

Abrió la carta y se puso a leerla atentamente. Los hermanos siguieron en silencio.

—¿Es de las muchachas de Alsina? —preguntó Teresa.

—Claro.

Era la única correspondencia que recibía Gaudencio. Ramonita Alsina era ahijada suya. Su madre, Filadelfia Camejo, estuvo emparentada con la madre de los Guglianone. Recién recibido de farmacéutico, Gaudencio había sido tentado por Filadelfia para trabajar en la farmacia que su marido le había dejado en la calle Sarmiento. Fue la única vez que estuvo fuera de su casa. Aquel año había sido duro y triste para él. Filadelfia fue una especie de tía amable y cariñosa; le dio trabajo, casa, comida y hasta una hija de pocos meses como ahijada: Ramonita.

—¿Cuánto tiempo hace que murió Filadelfia?

—Y... treinta y cinco o treinta y seis años.

—¿Las muchachas están bien?

—Sí, están muy bien.

—¿No piensan venir a Montevideo?

—No, por ahora no.

El flan con chantilly temblaba, tentador, en los platos de postre.

—Antes, cuando vivía Roman, Filadelfia y las chicas pasaban los veranos en Montevideo.

—Roman no debió irse nunca para Buenos Aires. Nunca fueron más felices que aquí.

Con parsimonia, casi gravemente, los Guglianone comían su postre. Por un momento, parecían haber olvidado a Juancito.

Gaudencio pensó en aquella pareja de primos lejanos: Roman y Filadelfia. La aventura de abandonar Montevideo para ir a la conquista de Buenos Aires. "¡Qué par de locos irresponsables!"— decía la gente.

—Con lo bien que vivían aquí —dijo Abelardo. —Hasta institutriz tenían.

—Menos mal que tu te volviste, Gaudencio.

Habían pasado más de cuarenta años. A Gaudencio le parecía que todo había ocurrido ayer.

—Qué raro que las chiquilinas de Alsina no se hayan casado —dijo Gorgonio.

—¿Qué hacen ahora?

—Lo de siempre —dijo Gaudencio.

Las cucharas rasparon delicadamente el fondo de los platos.

—¿Alguien quiere otro poco de flan?

Nadie contestó.

Abelardo encendió el calentador a alcohol sobre el cual se apoyaba la cafetera de vidrio. Era su tarea diaria.

Carlota agitó la campanilla de plata.

—Deodora, lleve todo.

Deodora, chinonga, obesa, lenta, empezó a levantar platos, cubiertos y fuentes.

Cuidadosamente, Carlota empezó a juntar miguitas de pan.

—¿Qué haces? —dijo Teresa, estremecida.

Carlota soltó las migas y se llevó las manos a la cabeza. Apoyó la frente sobre las manos cerradas.

—Pensé que estaba Juanctto... Iba a juntar las miguitas que a él le gustaban tanto...

Se echó a llorar.

Uno de los hombres carraspeó.

Gaudencio sonó sus narices.

—Bueno —dijo Teresa— bueno, no te pongas así.

—No me consolaré nunca —sollozó Carlota— nunca. Sin Juancito la casa parece robada.

Oloroso, el café empezó a hervir en la bola de vidrio.

índice

El gordo Ambrosio y sus amigos	5
Florencia y sus planes	24
Algo muy extraño	37
Mil puertas mágicas o exilio sin retorno ..	48
El experimento	68
Mar dorado y recuerdo	87
El gallo de las muchachas Guglianone	95

LIBROS POPULARES ALFA.

1. Carlos Maggi: **El Uruguay y su gente** (2^a edición).
2. Eduardo Galeano: **Los Días siguientes.**
3. Carlos Martínez Moreno: **Las cuatro (novelas cortas).**
4. Víctor Soliño: **Mis tangos y los atenienses.**
5. Juan Carlos Onetti: **Tres novelas.**
6. José Monegal: **Nuevos cuentos.**
7. Ramón Collazo: **Historia del Bajo.**
8. Julio C. da Rosa: **Juan de los Desamparados.**
9. Mario Benedetti: **Antología Natural.**
10. Varios autores: **El servicio social en América Latina.**
11. Carlos Martínez Moreno: **Los días por vivir.**
12. Varios autores: **Marx: el hombre y la sociedad.**
13. Sylvia Lago: **Trajano.**
14. Enrique Amorim: **Eva Burgos.**
15. Juan Carlos Somma: **Clonis.**
16. Horacio Arturo Ferrer: **Fray Milonga.**
17. Mario Benedetti: **Dos comedias.**
18. Hugo Sacchi: **El parto sin dolor.**
19. Serafín J. García: **Burbujas.**
20. E. Rodríguez Monegal: **Vínculo de sangre.**
21. J. Carmona Blanco: **De tres mundos.**
22. Silvia Guerrico: **Mil puertas mágicas.**
23. Varios: **Nuevos Rebeldes de Colombia.**

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 14/10/68
PARA EDITORIAL ALFA
CIUDADELA 1389 EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS EMECE,
GONZALO RAMIREZ 1806 EN
MONTEVIDEO. URUGUAY
EDICION AMPARADA EN LA
COMISION DEL PAPEL ARTICU-
LO 79 DE LA LEY 13.349

PQ8520.17 U35M5



a 39001

004171784b

16/70



Conocida en el Río de la Plata por su actividad periodística y televisiva, **SILVIA GUERRICO** ha unido ya varias obras a la historia de nuestra literatura. Además de cuentos, aparecidos en diversas publicaciones, Silvia Guerrico ha ganado el premio Kraft de novela (Buenos Aires, 1962) por su obra "Dulce raíz dormida", ha escrito obras de teatro y guiones para el cine mexicano y ha publicado una colección de cuentos ("Los extraños visitantes", Alfa, Montevideo, 1966) en colaboración con Irene Alzúa.

MIL PUERTAS MAGICAS incorpora en un volumen la más reciente creación de la autora. El estilo que había mantenido en "Los extraños visitantes" adquiere en estas "Puertas Mágicas" una matizada ironía; una visión tan penetrante y delicada de los seres que encuentra, que convierte a los sucesos cotidianos en una rara experiencia de vida, al borde de lo fantástico, de lo ilusorio, de lo imposible.